

José María Iraburu

**Causas de
la escasez
de vocaciones**

Fundación GRATIS DATE
Pamplona 2004, 2ª edición

1

La escasez de vocaciones

Todos los cristianos han recibido de Dios no solamente la vocación cristiana genérica, sino también una vocación específica, que ha de configurar su vida. Sin embargo, cuando hablamos sin más de «las vocaciones», entendiéndolas por antonomasia, solemos referirnos a *las vocaciones sacerdotales y religiosas*. Éstas no siguen la vocación general primera –«creced y multiplicaos [familia] y dominad la tierra [trabajo]» (Gén 1,28)–, sino que nacen de un impulso particular de la gracia, es decir, de una especial llamada de Dios: «Tú, déjalo todo, ven y sígueme».

Pues bien, en este sentido más característico hablaré de «las vocaciones», y concretamente de las causas de su escasez. Y al decir «las Iglesias», me referiré a las Iglesias locales, las diócesis o Iglesias particulares.

Escasez de vocaciones en la Europa descristianizada

La Iglesia Católica, según datos del *Anuario Pontificio* de 2003, está hoy formada por 1.071 millones de fieles. De ellos, en cifras redondas, 26 % viven en Europa, 50 % en América, 13 % en África, 10 % en Asia, y 0'8 % en Oceanía.

Pues bien, diversos estudios estadísticos sobre las vocaciones y la práctica sacramental del pueblo cristiano, hacen pensar que *la Iglesia Católica va disminuyendo mucho en los países ricos*, de antigua filiación cristiana, al mismo tiempo que *crece notablemente en los países pobres*, que fueron evangelizados por aquéllos.

En este escrito voy a examinar *la situación de las vocaciones en Europa*, en esa cuarta parte tan importante de la Iglesia universal. Sin embargo, la mayor parte de las consideraciones que iré haciendo valen para *otras Iglesias de condiciones semejantes*. Y en todo caso, al menos como aviso, sirven *para todas*.

Riqueza y descristianización

Al acercarse al tema que nos ocupa, alguno podrá decir: «*a más riqueza, menos vocaciones*». Y es cierto que esa relación es verdadera, pero no siempre es necesaria. Que es verdadera lo vemos en el mismo Evangelio, en la escena del joven rico, llamado por el Señor para que lo dejase todo y se fuese con él: «se puso triste [y no le siguió], porque era muy rico» (Lc 18,23). Eso que sucedió en una persona, está sucediendo ahora en muchos pueblos ricos de antigua filiación cristiana.

De hecho, es un dato indiscutible que la espectacular curva ascendente de las riquezas coincide, en los mismos pueblos y tiempos, con la impresionante curva des-

cedente de las vocaciones. ¿Pero es bastante esta consideración para explicar la gravísima escasez de vocaciones en las Iglesias de los países ricos? No, pues la historia de la Iglesia ha conocido pueblos ricos con abundancia de vocaciones apostólicas. Y hoy mismo, en esas mismas naciones ricas, hay obras de Iglesia que florecen y crecen en vocaciones.

También podrá decirse que «*la escasez de las vocaciones no es sino un reflejo de la descristianización del pueblo*». Y hay en esto no poco de verdad, es cierto. Sin embargo, no se ve proporción entre el grado de descristianización del pueblo y el grado, mucho más acentuado, de escasez de vocaciones... Parece, pues, que, además de éstas, tiene que haber otras causas.

¿Cómo ha podido suceder?

¿*Cómo las Iglesias que hasta hace unos decenios abundaban en vocaciones, y enviaban a todo el mundo sacerdotes y religiosos misioneros, apenas tienen hoy vocaciones para atender las propias necesidades pastorales más apremiantes?* ¿Cómo ha podido suceder esto? ¿Por qué?...

No puede remediarse un mal si no se conocen bien las causas de donde procede. ¿Cómo es posible que en tantas Iglesias, y durante decenios, se sufra una carencia de vocaciones tan generalizada y persistente que llega a comprometer la misma perduración de las propias Iglesias?...

Hay en Europa no pocas Iglesias que, *en los últimos treinta años, han visto reducirse en un 40 % el número de los cristianos practicantes, y en un 60 % o aún más el de vocaciones*. Y en otras Iglesias de situación cultural semejante a las de Europa ha sucedido más o menos lo mismo.

Las religiosas en los Estados Unidos, por ejemplo, se redujeron a la mitad en unos veinticinco años: pasaron de 181.000 (1966) a 92.000 (1993); al mismo tiempo que el número de católicos aumentaba en su país. *Los sacerdotes franceses* –en seguida lo veremos con más detalle– han reducido su número a la mitad desde el concilio Vaticano II...

Esos fríos datos significan en ciertas Iglesias locales muy penosas reducciones: cierre de parroquias y conventos, abandono de escuelas, colegios y obras apostólicas, supresión de centros asistenciales, disminución o eliminación de la actividad misionera...

Pues bien, ¿pretender un análisis profundo del *modelo de vida religiosa y sacerdotal* que en esos años ha prevalecido en esos pueblos, con tan tremendos resultados, será un catastrofismo temerario e involucionista?

Los sacerdotes secularizados en toda la Iglesia, con dispensa de la Santa Sede, han sido en treinta y dos años 57.791 (entre 1964 y 1996). A ellos hay que sumar los muchos otros que en esos mismos años se han secularizado de hecho sin autorización eclesial.

Si en treinta años se han secularizado unos 80.000 sacerdotes, y quizá más, la gran mayoría en Occidente, ¿será superfluo que la Iglesia trate de detectar las actitudes doctrinales y prácticas –sobre la figura del sacerdote, la visión del mundo moderno, la actitud ante la Tradición y el Magisterio, etc.– que, habiendo estado vigentes durante estos años son la única explicación posible de tan gran tragedia? ¿La honesta investigación de las causas habrá de ser calificada de pesimismo morboso y de lamentable actitud masoquista?

¿O es que, como piensan algunos, no se trata de una *gran tragedia*, sino de una *crisis pasajera* sin mayor importancia, o incluso de una *crisis de crecimiento*? El op-

timismo ciego y voluntarista llega en esto aún más lejos: no faltan quienes estiman «que el hecho de que la Iglesia crezca o disminuya en el mundo no es cosa que tenga mayor importancia. Lo importante es que esté sana y fuerte»...

¿Pero acaso es posible que una Iglesia sana y fuerte esté en progresiva disminución, tanto en el número de fieles como en el de vocaciones?...

¿Conviene hacerse estas preguntas?

La escasez de vocaciones es un fenómeno eclesial muy grave y negativo. Y no podrá enfrentarse adecuadamente si no se conocen suficientemente sus causas. Sin embargo, *de hecho, la búsqueda de las causas de la escasez de vocaciones es un tema tabú*. Son muchos los que parecen decididos a eludirlo, como si pensarán: «Bastante preocupados estamos con *la escasez misma* de las vocaciones, y con sus graves *consecuencias* pastorales, como para que además hubiéramos de ponernos ahora a investigar *sus causas*. Ya no nos faltaba más que eso».

Esta actitud, convendrá reconocerlo, es suicida. ¿Por qué esta gravísima cuestión no se plantea de frente, buscando hasta las causas últimas, a veces las más decisivas y las más ocultas? ¿Es que *tenemos miedo* a conocer la verdadera explicación de la escasez de vocaciones?... Es duro suponer ese miedo. En este o en cualquier otro tema ¿desde cuándo el conocimiento de la verdad es temible para «la Iglesia del Dios vivo, que es columna y fundamento de la verdad» (1Tim 3,9)?

El cardenal Pío Laghi, presentando el «Congreso sobre las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada», que se celebró en Roma, en mayo de 1997, decía: «Un análisis de la situación anual en Europa demuestra una crisis de vocaciones persistente. *Las causas* de este triste fenómeno son múltiples, y *tenemos que afrontarlas con vigor*, especialmente aquellas cuyo origen se puede encontrar en una aridez espiritual o en un comportamiento de disenso corrosivo».

Causas y culpables

Convendrá decirlo abiertamente. *Buscar las causas de la ausencia de vocaciones es una empresa extraordinariamente delicada*, estando vivos aún en las Iglesias aquéllos que en los últimos decenios –profesores de teología, formadores de seminarios y noviciados, Obispos y superiores mayores y menores– han dado las principales orientaciones en materias doctrinales y prácticas. El problema es real: ¿cómo distinguir *las causas* de *los causantes*? ¿Cómo evitar que la investigación de las causas de la escasez de vocaciones venga a convertirse en una inquisición de *los culpables* principales de la misma?

El peligro es verdadero, sin duda, y habrá que hacer todo lo posible para no caer en él. No busquemos culpables: «¿quién eres tú para juzgar al siervo ajeno?» (Rom 14,4). ¿Y quién estará en condiciones de tirar sobre los presuntos culpables «la primera piedra» (Jn 8,7)?

Por lo demás, la comunión de los santos implica profundas conexiones de méritos y de culpas. A veces, en un cuerpo humano, la cabeza no discurre bien o no actúa adecuadamente porque el corazón no le envía suficiente sangre, o porque brazos o piernas están paralizados. Y eso mismo pasa a veces en el cuerpo de las Iglesias. No nos juzguemos, pues, los unos a los otros, que el que ha de juzgarnos es solamente el Señor (1Cor 4,3-4). Y más nos vale que así sea.

No busquemos *culpables*; pero busquemos *las causas*. Por otra parte, ofenderíamos a esos hombres principales de la Iglesia con sólo suponer que quizá están más interesados por su propio prestigio que por el bien del pueblo cristiano; es decir, que «aman más la gloria de los hombres que la gloria de Dios» (Jn 12,43). Y en todo caso, no investigar las causas de graves dolencias de las Iglesias por temor a ofender presuntas susceptibilidades personales sería *una caridad falsa*, sólo aparente.

Las Iglesias necesitan urgentemente conocer y reconocer las causas de la ausencia de vocaciones apostólicas, para poner a ese grave mal los remedios necesarios. No es posible demorar por más tiempo el análisis profundo de las causas de un mal que va generando cada vez mayores males.

Heterodoxia y heteropraxis, causas principales

El brusco y persistente fenómeno de la escasez de vocaciones en ciertas Iglesias locales ha de tener como *causa principal la acción de algunos errores doctrinales y prácticos, no suficientemente neutralizados*. Adelanto ya desde el principio este diagnóstico evidente. No se puede explicar en otra clave lo que en ellas está sucediendo.

Ésta es la tesis de André Manaranche, S.J., en su libro *Querer y formar sacerdotes* (Desclée de Brouwer, Bilbao 1996; ed. francesa, Fayard 1994). Él explica en clave doctrinal las causas de la escasez de vocaciones al sacerdocio presbiteral.

Sabemos, en efecto, que «*el justo vive de la fe*», y que «la fe es por la predicación, y la predicación por la palabra de Cristo» (Rom 1,17; 10,17). Por tanto, en *la predicación*, cualquier infidelidad a la palabra de Cristo produce graves deficiencias en *la fe* del pueblo, y consecuentemente en *su vida*. Y ha de ser sin duda la causa principal de la escasez de vocaciones. Pienso que ésta es la interpretación más cierta, sobre todo cuando ese fenómeno negativo se produce en Iglesias antes abundantes en vocaciones.

Si en una Iglesia el número de los cristianos practicantes se reduce en pocos años a la mitad y las vocaciones apostólicas casi desaparecen totalmente ¿cuál es la *bomba atómica*, en el orden espiritual de las ideas, que ha podido producir ese desastre? ¿Cómo sin una brusca difusión de graves errores, podría explicarse por otras claves un fenómeno eclesial semejante? ¿*Qué puede haber en la Iglesia de Cristo, fuera del error, capaz de causar tantos males en tan poco tiempo?*...

Sin una generalización de graves falsificaciones de la fe católica, no puede explicarse una esterilidad de tal grado en el florecimiento normal de las vocaciones apostólicas. En otras épocas y lugares se han producido crisis de gran decadencia moral, que sin embargo no han sido suficientes para cortar el flujo de las vocaciones, porque, a pesar de todo, no se falsificaba la fe. Es, pues, principalmente *la falsificación o el silencio de grandes verdades de la fe* lo que produce la disminución acelerada de la práctica religiosa y la desaparición de las vocaciones.

Las circunstancias psico-sociales

Algunos consideran simplista esa estimación, y alegan que *ese diagnóstico ignora otras muchas causas de orden psico-sociológico*, actualmente vigentes, que son de-

terminantes en el tema que nos ocupa: el descenso de la natalidad, el paso demográfico del campo a la ciudad, la diversificación de alternativas para una entrega altruista, y tantas otras.

Desde luego, no es fácil ignorar estas causas, a las que muchas veces suele atribuirse la escasez de vocaciones. No insistiré en ellas, pues ya se recuerdan suficientemente, e incluso excesivamente.

Hay que creer, sin embargo, que *las causas principales* de la ausencia de vocaciones pertenecen al orden de la fe y de la vida espiritual, como he dicho; y que esas *circunstancias* –más que «causas»– psico-sociales en forma alguna son determinantes. Y puede afirmarse esto por dos razones:

1. «*La intervención libre y gratuita de Dios que llama es absolutamente prioritaria, anterior y decisiva*» a toda circunstancia personal o social, enseña Juan Pablo II, y esa «primacía absoluta de la gracia en la vocación encuentra su proclamación perfecta en la palabra de Jesús: “no me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros” (Jn 15,16)» (exh. ap. *Pastores dabo vobis* 36; 1992). La acción sobrenatural de la gracia es mucho más fuerte y decisiva que todas las circunstancias naturales.

Eso explica que una relativa abundancia de vocaciones se dé hoy en Iglesias que viven en las mismas circunstancias que otras muchas que no las tienen. Y de hecho, en la historia, ha habido vocaciones en Iglesias que vivían en pueblos ricos o pobres, cultos o ignorantes, oprimidos o libres, en paz o en guerra.

2. *Esas mismas circunstancias negativas para las vocaciones proceden normalmente de graves deficiencias doctrinales o morales* –si no exclusivamente, sí principalmente, como la extrema reducción de la natalidad–. No son, pues, meras *circunstancias* psico-sociales neutras.

En este sentido señala Juan Pablo II que «no sólo *los bienes materiales* pueden cerrar el corazón humano a los valores del espíritu y a las exigencias radicales del Reino de Dios, sino también *algunas condiciones sociales y culturales de nuestro tiempo* pueden representar no pocas amenazas e imponer visiones desviadas y falsas sobre la verdadera naturaleza de la vocación, haciendo difíciles, cuando no imposibles, su acogida y su misma comprensión» (*Pastores* 37).

Respuestas eclesiales insuficientes

Ciertas respuestas eclesiales a la escasez de vocaciones, aunque sean a veces verdaderas, son insuficientes. Suelen referirse a la necesidad de la *esperanza* y a la providencial promoción de *los laicos*:

«Hoy estamos en la diócesis la mitad del número de sacerdotes que había hace treinta años, y en diez años habrá la mitad que ahora. Sin embargo, hemos de tener valor, hecho de *confianza en Dios*, y mirar la realidad sin temor, como es. Y como hemos de prever que será.

«Por otra parte, hemos de poner nuestro empeño actual en que las situaciones nuevas que se avecinan tengan también efectos positivos. *Los laicos*, concretamente, han de asumir unas nuevas responsabilidades y funciones, que han de suscitar su crecimiento espiritual y apostólico. Y la Iglesia vendrá a ser así más reducida, pero más intensa y auténtica, menos apoyada en estructuras socio-religiosas ambientales».

En esos planteamientos hay, sin duda, una parte de verdad y esperanza. Pero son incompletos. Faltan grandes verdades y auténticas esperanzas, o quedan éstas insuficientemente afirmadas.

–*Esperanza*. ¿Y si la disminución de la Iglesia, en fieles y en vocaciones, es un proceso que continúa indefinidamente en la misma dirección, al no ser localizadas y neutralizadas las causas que lo están produciendo? El número de pastores, en diez años, será la mitad que hoy. ¿Y si en veinte es la mitad de la mitad, y en treinta la mitad de la mitad?... Sin un *reconocimiento* humilde de las causas de la escasez de vocaciones y sin ir adelante en la *conversión* que ese reconocimiento hace posible y exige, es falsa la esperanza.

Tras el *Congreso sobre las vocaciones*, celebrado en Roma en 1997, una notable personalidad de la Iglesia declaraba piadosamente: «la esperanza es la única virtud obli-gada» en las presentes circunstancias. No; a la esperanza ha de ir unida la *conversión*. Y sin ésta, la esperanza es falsa, y destinada a la frustración.

Se da hoy a veces una cierta *esperanza fatalista*, que implica una contradicción en los términos. ¿*Acaso hemos de considerar en las Iglesias esos procesos históricos como «irreversibles»?* El difunto marxismo, siguiendo claves mentales hegelianas, así pensaba de su propio crecimiento y de la ruina de Occidente. Pero ¿y cómo se explica que, en circunstancias semejantes, unas Iglesias decrecen mientras otras Iglesias crecen, y que ciertas Iglesias y asociaciones suscitan vocaciones y otras no?...

–*Laicado*. Por otra parte, ¿a menos sacerdotes, laicos más preparados y responsables? ¿A menos pastores, un rebaño más unido? ¿Vamos así a un cambio en «el modelo» de esas Iglesias, o nos dirigimos –sin miedos ni alarmas: «todo está bajo control»– hacia su extinción?

Juan Pablo II ha advertido: «No tenemos que contentarnos fácilmente con la explicación según la cual la falta de vocaciones sacerdotales sería compensada por el crecimiento del compromiso apostólico de los laicos, o sería querida por la Providencia para favorecer el crecimiento del laicado. Al contrario, cuanto más numerosos son los laicos que quieren vivir con generosidad su propia vocación bautismal más se hace necesaria la presencia y la obra específica de los ministros ordenados» (*Disc. al clero de Roma* 14-II-2002).

Diagnósticos verdaderos y eficaces

Hace falta enfrentar con más verdad y una mejor esperanza las dolencias de aquellas Iglesias que van disminuyendo en número de fieles y de vocaciones. Los cristianos sabemos y creemos que la historia de las Iglesias está siempre abierta a la *conversión*, es decir, a grandes cambios de pensamiento y de práctica, y que, bajo la guía de la Providencia divina, todos los procesos decadentes pueden ser invertidos, pues todo es posible para la gracia de Dios y la libertad de los hombres.

Los creyentes no aceptamos que la ruina progresiva del Templo eclesial se considere un proceso previsible e inevitable: cada vez menos piedras vivas, trabadas entre sí sobre la Roca, y más piedras muertas, formando un montón ruinoso. Nosotros pretendemos reedificar el Templo de Dios, queremos que se acreciente y sea cada vez más grande y hermoso. No pocas Iglesias han superado situaciones muy negativas, y han ido alzándose en pocos años de situaciones que parecían irremediables. También nosotros, con una esperanza histórica firmísima, queremos procurar la revitalización de las Iglesias hoy languidecientes.

No nos resignamos a tener Iglesias casi desprovistas de sacerdotes,

—en las que han de concentrarse en unas pocas fechas al año los bautismos, las confesiones, los matrimonios, las unciones de los enfermos, etc.

—en las que agentes pastorales laicos han de encargarse prácticamente de todo: catequesis, enfermos, pobres, matrimonios, gobierno pastoral de la comunidad, presidencia de *Asambleas dominicales sin sacerdote*, etc.,

—y en las que los pocos sacerdotes que haya corran de aquí para allá «diciendo misas», lo único que los laicos no pueden hacer. Eso implica una gravísima desfiguración de las Iglesias y del mismo ministerio sacerdotal. Es una situación excepcional que no puede venir a considerarse ordinaria. *Las comunidades cristianas sin sacerdote se ven privadas de un signo vivo fundamental de Cristo mismo.*

En efecto, están «como *ovejas sin pastor*» (Ez 34,5; Mc 6,34), sin un pastor que conozca a sus ovejas y sea conocido por ellas (Jn 10,14); están privadas de aquel que, «proclamando eficazmente el Evangelio, reuniendo y guiando la comunidad, perdonando los pecados, y sobre todo celebrando la Eucaristía, *hace presente a Cristo*, Cabeza de la comunidad»; no tienen a aquel que «*hace sacramentalmente presente a Cristo*, Salvador de todo el hombre, entre los hermanos» (Sínodo 1971: I,4).

«*Queremos sacerdotes*» para las Iglesias, como dice Manaranche en el acertado título del libro citado.

Queremos, pues, que se reconozcan y que se supriman las causas que están produciendo la actual escasez de sacerdotes. Nosotros lo queremos. Pero, lo que es mucho más importante: *lo quiere Dios.*

Disminución del número de sacerdotes

Antes de terminar este capítulo introductorio, recordemos brevemente algunos datos cuantitativos.

El número de sacerdotes católicos en el mundo es en 1970 de 451.000, mientras que en 2003 se ve reducido a 405.000, es decir, 46.000 menos. Y téngase en cuenta que en ese tiempo crece considerablemente tanto la población mundial como el número de fieles católicos.

En Europa los sacerdotes en 1978, al iniciarse al pontificado de Juan Pablo II, suman 250.500; y en 1997 son 213.400, casi un 15 % menos.

En los países europeos de mayor tradición católica es donde, en ese período de tiempo, ha sido más acusada esa disminución de sacerdotes: Italia (-14 %), España (-17 %), Portugal (-17 %), Bélgica (-35 %), Francia (-33 %). En Francia, concretamente, había en 1965, al terminar el concilio Vaticano II, 41.000 sacerdotes; en 1975 eran 35.000, y en el año 2000 unos 20.000.

En la primera edición de la obra presente publiqué al detalle un estudio que hice del número de sacerdotes europeos en los años 1944, 1963 y 1993, es decir, veinte años antes del concilio Vaticano II y treinta años después. Aquel estudio venía a considerar, finalmente, el caso medio de *un cristiano europeo, que vive 70 años, entre 1940 y 2010*. Si al nacer había en su diócesis 700 sacerdotes, a los 25 años de su edad (1965) había 600, y cuando haya de ser asistido para su muerte (2010) habrá sólo 200. En los setenta años de su vida, este católico habrá visto reducirse el número de pastores a menos de un tercio del que había cuando nació.

Disminución del número de religiosos

La disminución de las vocaciones ha sido entre los religiosos aún mayor que en el clero diocesano.

Desde los años 50, la Compañía de Jesús tiene 15.000 sacerdotes menos, es decir, ha disminuido un 40 %. Desde 1974, los franciscanos han perdido un 24 % de sus religiosos, de modo que en 1999 eran 17.615. Los hermanos de La Salle, desde 1974, pasaron de 14.517 a 7.007, disminuyendo, pues, un 57 %. Los Maristas, han perdido un 38 % de sus miembros.

Es cierto que otros institutos religiosos, algunos de reciente fundación, y todos caracterizadamente fieles a la doctrina y a la disciplina de la Iglesia, han crecido notablemente en esos mismos años. Pero, en todo caso, las cifras suministradas por los *Anuarios Pontificios* muestran que, desde el Vaticano II, los religiosos han perdido alrededor de 50.000 miembros. Y que desde 1985 hay en la Iglesia 116.000 religiosas menos.

Ovejas sin pastor

Antes de estudiar las *causas* de la escasez de las vocaciones, conviene que apuntemos siquiera brevemente *qué significa* esa tal escasez de pastores sagrados y de religiosos.

—Significa que *muy pocos de los bautizados están hoy dispuestos a dejarlo todo para seguir a Cristo*, dedicando así sus vida a procurar en el mundo la gloria de Dios y la salvación temporal y eterna de los hombres.

—Significa, pues, que en las Iglesias sin vocaciones *el verdadero amor a Dios y a los hombres está muy debilitado*. En ellas «todos buscan sus propios intereses y no los de Jesucristo» (Flp 2,21). La ausencia de vocaciones, denota, pues, una profunda descristianización, un grave subdesarrollo de la caridad.

—Significa que *la Eucaristía, la actualización sacramental de la pasión y resurrección de Cristo*, que se ofrece en favor de los fieles y de todos los hombres, va celebrándose cada vez menos veces y en menos lugares.

Significa, concretamente en Europa, que en los tres últimos decenios un tercio de los fuegos de Eucaristía que ardían en innumerables pueblos y ciudades se han apagado, y que en quince años más se apagarán quizá la mitad de los que hoy arden aún...

—Significa que *la identidad misma de la Iglesia local se va poniendo en juego*. En efecto, «faltando la presencia y la acción del ministerio [sacerdotal], la Iglesia no puede estar plenamente segura de su fidelidad y de su visible continuidad» (Sínodo sobre el sacerdocio 1971: I,4).

La Iglesia es *un rebaño*; pero ¿un rebaño en su mayor parte disperso hasta qué punto es un rebaño? Es *una casa*; pero una construcción en la que la mayor parte de las piedras están caídas y desprendidas ¿en qué medida puede decirse que es una casa?

—Una ausencia grave de vocaciones pastorales significa y trae consigo, en fin, *una profunda y extensa acción del Demonio*, Padre de la Mentira, en aquella forma que le es más propia: la difusión de errores y falsificaciones del cristianismo verdadero, bíblico y tradicional. Él conoce bien la Escritura sagrada, concretamente aquella profecía: «*heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño*» (Mt 26,31).

En realidad, cuando se habla de la ausencia de vocaciones, se está hablando de Iglesias en situaciones gravemente anómalas. Examinemos, pues, cuidadosamente *algunas de las verdades de la fe y de la vida moral que, falsificadas por el Padre de la Mentira, acaban con las vocaciones sacerdotales y religiosas*. Y amenazan también la vida del mismo pueblo cristiano.

2

Fe y doctrina

Falsificaciones y silencios

La difusión de los grandes errores sobre la fe y la moral viene producida no solamente por *falsificaciones* de ciertas verdades, sino casi tanto o quizá más por los *silenciamientos* de las mismas. Un silencio largamente persistente sobre una verdad católica equivale muchas veces a una negación. «De la abundancia del corazón habla la boca» (Mt 12,34). No es posible que un cristiano sacerdote, catequista o educador crea en una verdad importante de la fe, y nada diga de ella en su ministerio durante años. La luz que no se pone en lo alto, para que alumbre a los de la casa, sino que se oculta en un cajón, viene a ser normalmente una luz apagada (+Mt 5,15).

Por otra parte, dada la íntima unidad que armoniza entre sí todas las verdades de la fe, no puede falsificarse o silenciarse-negarse una, sin que todas las otras se vean profundamente afectadas.

Numerosas desviaciones heréticas

En el año 1984, el cardenal Ratzinger, prefecto de la Congregación de la Fe, describe en su libro *Informe sobre la fe* (BAC pop., Madrid 1985), expresándose a título personal, el panorama sombrío que no pocas Iglesias de Occidente ofrecen en el campo doctrinal con frecuencia. Y en los años siguientes a esa fecha no se han producido cambios decisivos en la situación.

Según Ratzinger, «*gran parte de la teología*» católica olvida que su trabajo es ante todo un servicio eclesial, y de ese olvido «se sigue un pluralismo teológico que en realidad es, con frecuencia, puro subjetivismo, individualismo que poco tiene que ver con las bases de la tradición común... con grave daño para el desconcertado pueblo de Dios... En esta visión subjetiva de la teología, el dogma es considerado con frecuencia como una jaula intolerable, un atentado a *la libertad* del investigador» (79-80).

«Después del Concilio se produce una situación teológica nueva: se forma la opinión de que *la tradición teológica* existente hasta entonces no resulta ya aceptable, y que, por tanto, es necesario buscar, a partir de la Escritura y de los signos de los tiempos, orientaciones teológicas y espirituales *totalmente nuevas*... La crítica de la tradición por parte de *la exégesis moderna*, especialmente de Rudolf Bultmann y de su escuela, se convierte en una instancia teológica inmovible» (196).

De las premisas anteriores se sigue, pues, un «confuso período en el que *todo tipo de desviación herética parece agolparse a la puerta de la auténtica fe católica*» (114). Por eso, la descripción de todos y cada uno de los errores ampliamente difundidos en el pueblo cris-

tiano resulta aquí una tarea imposible, por supuesto. En todo caso, señala el Cardenal, entre otros errores, el optimismo rousseauiano o teilhardiano en la visión del hombre, que quita todo sentido al dogma del pecado original (87-89, 160-161), el arrianismo actual en cristología, que acentúa la humanidad de Jesús, silenciando su divinidad o no afirmándola suficientemente (85), el «colapso» de la teología sobre la Virgen María (113), la errónea visión del misterio de la Iglesia (53-54, 60-61), la negación del demonio (149-158), la deformación de la redención, del misterio de la salvación, cuyo significado viene a reducirse a «caminar simplemente hacia el porvenir como necesaria evolución hacia lo mejor» (89), etc.

Efectos en catequesis y misiones

Los efectos de estas frecuentes confusiones y desviaciones teológicas han de ser muy graves.

—*Catequesis*. «Puesto que la teología ya no parece capaz de transmitir un modelo común de la fe, *también la catequesis* se halla expuesta a la desintegración, a experimentos que cambian continuamente. Algunos catecismos y *muchos catequistas* ya no enseñan la fe católica en la armonía de su conjunto», sino algunos aspectos del cristianismo que consideran «más cercanos a la sensibilidad contemporánea» (80). Ello produce «el resultado que comprobamos: la disgregación del *sensus fidei* en las nuevas generaciones» (81).

—*Misiones*. Habiendo «disminuído el carácter esencial del bautismo, se ha llegado a poner un énfasis excesivo en los valores de las religiones no cristianas, que algún teólogo llega a presentar no como vías extraordinarias de salvación, sino incluso como caminos ordinarios... Tales hipótesis obviamente han frenado en muchas la tensión misionera» (220; +152-154).

Así las cosas, «los cristianos son de nuevo minoría, más que en ninguna otra época desde finales de la antigüedad» (35).

Juan Pablo II certifica el mismo dato: «el número de los que aún no conocen a Cristo ni forman parte de la Iglesia aumenta constantemente; más aún, desde el final del Concilio, casi se ha duplicado» (*Redemptoris missio* 3).

Efectos en las vocaciones

¿Es extraño que el árbol de una Iglesia local, doctrinalmente regado unas veces con agua y otras con ácidos corrosivos, deje casi de dar el fruto de las vocaciones sacerdotales y religiosas? En esas circunstancias lamentables ¿hay que considerar la ausencia de las vocaciones como un *misterio* negativo sorprendente, acerca del cual no se sabe bien cómo actuar, pues no se conocen bien sus causas o se estima que no es posible actuar sobre ellas?...

Una vez conocida y reconocida la situación doctrinal en publicaciones, Seminarios, catequesis, ¿se alcanza a comprender por qué los niños y adolescentes de ciertas Iglesias, así enseñados, no se animan a dejarlo todo, para seguir a Cristo en la vocación apostólica?...

Nótese que todo *error* generalizado en la predicación tiende a producir en el pueblo cristiano *deformaciones mentales y de conciencia* más o menos graves. En estas circunstancias, la gracia del Señor ha de realizar obras realmente extraordinarias para llevar a buen término una vocación apostólica: 1º, tiene que *hacerse oír* en la conciencia del llamado, sin que muchas veces se den los medios ordinarios para ello; y posteriormente, 2º, tiene que *rehacer* completamente en el candidato una mente y una vida gravemente malformadas. Estamos así, con todo esto, fuera de

las vías ordinarias por las que el Señor suscita las vocaciones en sus Iglesias.

Veamos, pues, ahora sólo algunos temas concretos de la fe, falseados o silenciados. Nos asomaremos únicamente a tres temas. Otros habría más importantes, sobre Cristo y la Iglesia, la gracia y la libertad humana, etc. Pero estos tres que he elegido pueden ser objeto de una exposición más simple y rápida. Y como ejemplos, son suficientes para mostrar la verdad que ha de ser afirmada: que la escasez de vocaciones es causada principalmente por el falseamiento o el olvido de importantes verdades de la fe católica.

1. El demonio

Viene a dar lo mismo *negar* la existencia del demonio o *silenciarla* sistemáticamente durante decenios, excluyéndola de la teología, de la catequesis, de la espiritualidad y de la predicación. Es lo mismo para los efectos. Ahora bien, en los últimos años muchos maestros del pueblo cristiano han silenciado casi totalmente la fe católica sobre el demonio.

Concretamente, aquellos textos de espiritualidad cristiana, que sistemáticamente se permiten ignorar, negar o silenciar la raíz diabólica de la tentación y de todos los males del mundo, llevan en sí, aunque no lo pretenden, una no pequeña falsificación de la vida cristiana. Contradican, por ejemplo, a San Pablo, para quien el combate cristiano tiene en el diablo un enemigo mayor aún que el que halla el hombre en su propio ser, pues «no es nuestra lucha contra la sangre y la carne, sino contra los espíritus malos» (Ef 6,12)

Con una parábola. Tras leer un libro muy amplio sobre *Táctica y estrategia de la guerra*, comprobamos, no sin sorpresa, que el autor no menciona en absoluto, o lo hace en un parrafito a pie de página, la aviación militar enemiga... Pero ¿no es ésta hoy, precisamente, la parte más poderosa y destructiva de un ejército? ¿Cómo es posible, pues, que no se trate de ella en un texto tan completo sobre estrategias bélicas? No caben sino tres explicaciones: 1, el autor no conoce la aviación de guerra; 2, niega su existencia; 3, la conoce, pero no se atreve a hablar de ella; no le parece oportuno.

Transponiendo ya la parábola al campo teológico de la espiritualidad, habrá que pensar que aquel teólogo que escribe un libro de espiritualidad sin mencionar al demonio, es un ignorante, un hereje o un oportunista. Y en ninguno de los tres casos interesa leerle. Mejor dicho, interesa no leerle. Es un autor que, en un tema grave, se separa claramente de la Biblia y de la Tradición doctrinal y espiritual cristiana.

Sin la fe en el demonio no se entiende la gravedad de los males del mundo, se trivializa la redención obrada por Cristo Salvador, se deja en nada la necesidad de la gracia, de los sacramentos, de la oración de petición. Se acude al combate espiritual empleando unas armas de juguete, ridículas, y es casi inevitable caer en actitudes semipelagianas o pelagianas: el hombre puede salvarse por sus propias fuerzas. Es sólo cuestión de mejorar la educación, aplicar ciertos métodos, y organizar un poco mejor las cosas.

> *Vocaciones*. ¿Qué falta hacen, en ese cuadro cristiano falseado, los sacerdotes, los ministros de una salvación por gracia? Pero vengamos todavía a otra pregunta: quienes durante decenios silencian o niegan al demonio en su ministerio, desfigurando así tan gravemente el Evangelio, ¿se dan cuenta de que esa actitud es causa, con otras, de la escasez de las vocaciones –y de tantos otros males–?...

Quizá ellos piensen que presentan así un cristianismo «más positivo» o, incluso, «menos primitivo», «más aceptable al hombre moderno». Pero están en un grave error. El Evangelio más positivo y aceptable para el hombre moderno es el Evangelio verdadero que predicó nuestro Señor Jesucristo. Y ése es el único que puede suscitar vocaciones.

2. Salvación o condenación

El padre Werenfried von Straaten, de santa memoria, fundador de *Ayuda a la Iglesia Necesitada*, escribía en 1997:

«La creencia en la existencia del infierno, que durante siglos llevó a multitud de pecadores a salir del pecado, ha desaparecido lamentablemente de muchas conciencias. Un intelectual católico protestó contra mi carta de diciembre de 1996, en la que denunciaba el asesinato de millones de niños no nacidos. Le molestó que yo haya mencionado allí el infierno. Me reprochaba mi “insaciable tendencia a las soluciones de fuerza”, con lo cual, precisamente en Navidad, “manchaba a Dios”, el cual, en su opinión, es “un Padre amoroso, totalmente ajeno a la violencia”. Y al final me preguntaba: “¿Por qué no podemos y debemos esperar que todos los pecadores, incluso los que toman píldoras y abortan a sus hijos, sean objeto de la compasión de Dios?”.

«Naturalmente, debemos esperar esto y también rezar. Pero sin arrepentirse, convertirse, hacer penitencia y dar fin a esa masacre no puede volverse realidad esta esperanza. Con la misericordia sólo pueden contar los que cumplen la exigencia de Cristo de entrar por la puerta estrecha, “porque ancha es la puerta y espaciosa es la senda que lleva a la perdición, y muchos los que por ella entran. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosta la senda que lleva a la vida, y qué pocos los que dan con ella! (Mt 7,13-14)» [...]

«Hasta mediados de este siglo [XX] se dedicó anualmente un tiempo en las homilias y catequesis a hablar de la muerte, del juicio, del infierno y del cielo. Al lado de la Buena Nueva se anunció siempre el mensaje amenazador. Ambos proceden de Dios. ¿Se hace a los fieles un buen servicio anunciando sólo un aspecto y predicando raras veces o incluso nunca sobre el pecado, la muerte, el juicio y el infierno?» (*Boletín de AIN*, IX-1997).

En las Iglesias sin vocaciones se pensó durante los últimos decenios que hablar mucho de la vida eterna traía consigo una *devaluación de la vida terrena*. Gran error. La verdad es justamente lo contrario. La vida terrena, formada de innumerables actos pequeños, aparentemente triviales, tan condicionados y contingentes, sólo manifiesta toda su grandeza cuando por la fe se conoce que es ella la que decide una eterna salvación o una irremediable condenación, una vida eterna más o menos dolorosa o feliz. Por eso, una *devaluación de la vida más allá de la muerte*, un encerramiento mental en el tiempo presente, no consigue sino hacer indeciblemente miserable la vida temporal terrena.

Más claramente: la negación o el silenciamiento sistemático de una posible condenación eterna (*infierno*) y de una escatología intermedia de purificación (*purgatorio*), así como las escasas alusiones a la esperanza de la vida eterna (*cielo*) –que, por lo demás, se presenta con frecuencia como un *happy end* necesario–, son errores que dejan a los cristianos encerrados en un cristianismo falso, horizontal y secularizado, construido en la práctica exclusivamente para mejorar en lo poco que se pueda esta precaria vida presente.

> *Vocaciones*. En esta perspectiva falseada del Evangelio, las vocaciones, como podemos comprobar, son prácticamente imposibles. Pero analicemos estas cuestiones con mayor atención.

—El infierno

El *Catecismo de la Iglesia* observa que «*Jesús habla con frecuencia de la gehenna y del fuego que nunca se apaga*» (n. 1034). Es verdad. Jesucristo, *con mucha frecuencia* —en unos cincuenta momentos diversos de su Evangelio; es decir, *casi siempre* que enseña o exhorta—, da su mensaje señalando en forma explícita un posible final eterno de salvación o de condenación.

En este sentido, el lenguaje de Cristo en el Evangelio es fortísimo. Pero lo emplea porque sabe que es necesario para salvar a la humanidad, que Él ama hasta entregar por ella su sangre. Él sabe que los hombres están en un tremendo error: piensan que pueden hacer de su vida lo que les dé la gana, sin que pase nada. El Padre de la Mentira, por medio de esta falsedad, les mantiene fijos en la insolencia habitual de sus pecados. Creen que no hay Dios, o que Dios no es el Señor. Piensan, si no, que Dios, siendo tan bueno, perdona todo necesariamente, aunque los hombres no se arrepientan. Y por eso siguen pecando. Se puede, pues, tranquilamente dejar morir de hambre al prójimo, profanar el matrimonio, abortar los propios hijos, mentir o robar en la vida empresarial y política, aceptar, incluso legalmente, las uniones homosexuales, proclamándolas tan naturales como los matrimonios, independizar totalmente la vida social humana de la autoridad del Señor, etc.

Pues bien, Jesucristo, «la epifanía del amor de Dios hacia los hombres» (Tit 3,4), precisamente porque ama con toda su alma a los hombres pecadores, les dice: «yo os lo aseguro: si vosotros no os arrepentís, todos moriréis igualmente» (Lc 13,3). «¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo podréis escapar de la condenación del infierno?» (Mt 22,33). Sabedlo, creedlo: al fin de los tiempos, el Señor «dará a cada uno según sus obras» (16,27), y «cuantos hicieron el bien saldrán para la resurrección de la vida; los que hicieron el mal, para la resurrección de la condenación» (Jn 5,29).

Ésta es la predicación de Cristo, la de los Apóstoles y la de toda la tradición de la Iglesia. La única que puede sacar al hombre de sus pecados. La que afirma claramente que cada uno de nosotros ha de comparecer finalmente ante «el tribunal de Cristo, para que cada cual reciba conforme a lo que hizo durante su vida mortal, el bien o el mal» (2Cor 5,10). Por eso, puesto que «el Padre juzga a cada uno según sus obras, conducíos con temor durante el tiempo de vuestra peregrinación» (1Pe 1,17; +Ap 2,23).

Pues bien, si Cristo predica aludiendo *con frecuencia* a la trágica y real posibilidad del infierno, y si ésta ha sido la predicación continua de la Iglesia —San Pablo, San Agustín, San Francisco de Javier, San Luis María Grignon de Monfort, todos—, ¿podremos hoy nosotros evangelizar, negando en la práctica o silenciando sistemáticamente una posible condenación eterna? ¿Una desfiguración tan grave del Evangelio podrá ser justificada por la pretensión de ofrecer un cristianismo más «atrayente», más «positivo», liberado de «dramatismos» innecesarios?

Y no vale decir: «Ahora no predicamos el infierno porque antes se predicó demasiado». Esa dialéctica es falsa. Una proposición excesiva del infierno dice la verdad de modo imprudente, pero un silenciamiento total transmite de hecho un error, una mentira.

Tampoco vale la hipótesis: «¿y si el infierno está vacío?». Ese supuesto es difícilmente conciliable con los anuncios proféticos de Cristo y con la tradición unánime de la Iglesia. Como recuerda el *Catecismo*, «Jesús anuncia en términos graves que “enviará a sus ángeles, que recogerán a todos los autores de iniquidad... y los arrojarán al horno ardiendo” (Mt 13,41-42), y que pronunciará la condenación: “¡alejáos de mí, malditos,

al fuego eterno!” (25,41)» (n.1034). Por eso «la enseñanza de la Iglesia afirma la existencia del infierno y su eternidad» (n.1035).

Un padre del Concilio Vaticano II, solicitó que se declarase que hay condenados de hecho —es decir, que el infierno no es una mera hipótesis vacía—. Pero la Comisión Teológica le respondió que en el mismo texto conciliar (*Lumen gentium* 48d) ya se excluía esta interpretación meramente hipotética del infierno en las citas del Nuevo Testamento, aducidas en forma gramatical futura (saldrán, irán, etc.) (+C. Pozo, *Teología del más allá*, BAC 282, 1981², 555).

—El purgatorio

Nos dice la fe de la Iglesia que «cada hombre, después de morir, recibe *en su alma inmortal* su retribución eterna en un juicio particular, bien a través de *una purificación*», etc. (*Catecismo* n.1022). La Iglesia ha enseñado siempre que esta purificación será más o menos larga y dolorosa según la mayor o menor impureza de los hombres a la hora de la muerte, y que cesa, por el ingreso en el cielo, «una vez que estén purificados después de la muerte» (*Benedictus Deus*, Dz 1000). Hay, pues, que orar y ofrecer misas y sufragios por los difuntos, para aliviar y acortar este proceso de santificación última, pasiva y dolorosa.

Pues bien, en las Iglesias que apenas tienen ninguna vocación, se ha extendido en los funerales con relativa frecuencia la predicación, aparentemente optimista, que asegura: «nuestro hermano, ya desde hoy, está en el cielo». Por lo visto, *consta* que nuestro hermano no necesita una purificación complementaria después de la muerte, y que ha muerto en perfecta disposición para la visión beatífica... De este modo, los mismos que se escandalizan de ciertas *beatificaciones* realizadas en pocos años, *canonizan* a los difuntos al día siguiente de su fallecimiento: «ya está en el cielo», les aseguran a los familiares afligidos. Y alguno irá aún más lejos, extendiendo al difunto el privilegio único de la Virgen Santísima, elevada *en cuerpo* y alma a los cielos: «nuestro hermano ya ha resucitado»...

La Escritura y la fe de la Iglesia dicen otra cosa. Pablo VI, en el *Credo del Pueblo de Dios*, atestigua, por ejemplo, que las almas del purgatorio y del cielo «constituyen el pueblo de Dios después de la muerte, la cual será totalmente destruída el día de la resurrección, en el cual las almas se unirán con sus cuerpos» (n.28). Y la resurrección se producirá «en la segunda venida de Cristo», cuando Él vuelva, en el último día.

—El cielo

Así como en las Iglesias sin vocaciones no suele hablarse nunca del infierno y del purgatorio, del cielo sí se habla algo, muy poco, pero dándolo como *un destino seguro para todos*. Otra cosa se estima inconciliable con la bondad infinita de Dios. Y se piensa también quizá que viene a ser mejor callar aquellos temas de la fe que podrían alejar a muchos de la Iglesia.

Tampoco, por otra parte, se llega casi nunca a recordar que *en la felicidad de la vida eterna hay grados muy diversos* (Jn 14,2), y que «el que escaso siembra, escaso cosecha; pero el que siembra con largueza, con largueza cosechará» (2Cor 9,6). En efecto, como enseña el Concilio de Florencia, todos los bienaventurados «ven claramente a Dios mismo, Trino y Uno, tal como es; unos sin embargo con más perfección que otros, conforme a la diversidad de los merecimientos» (1439: Dz 1305; +1582).

> *Vocaciones*. Según lo hasta aquí expuesto, si el infierno es impensable, si el purgatorio no existe, y si el cielo es un destino seguro e igual para todos ¿quién se animará a dejar familia y trabajo, para ser sacerdote o religioso, dedicando la vida con Cristo para la salvación de los hombres? ¿Para qué, si están ya todos salvados?

Consideremos esto con un ejemplo. Veamos la acción de un sacerdote sobre una persona que está *desesperada*, al borde del suicidio, a causa de su situación económica. Y precisemos que su desesperación suicida tiene por causa su falta de confianza en la Providencia divina, y como *ocasión* su posible ruina.

Pues bien, supongamos que ese sacerdote le procura al desesperado una ayuda económica, y le devuelve la tranquilidad. Con eso le ha hecho un *bien-terreno-material*, que es apreciable, pero muy limitado, pues la persona queda igual, con la misma desconfianza en Dios, e igualmente vulnerable a futuras desesperaciones.

Supongamos que, además de ese bien material —o si no puede procurárselo, en vez de él—, el sacerdote, con la gracia de Dios, le comunica un *bien-terreno-espiritual* inmenso: le enseña a confiar siempre en la Providencia divina, también en las angustias económicas. Este bien espiritual, sin duda, es mucho mayor que el primero. Gracias a él, esta persona 1. *vive en paz la vida presente*, libre de las continuas preocupaciones morbosas que le abrumaban, gozando de una confianza inalterable. Más aún, gracias a ese crecimiento de la esperanza, 2. *disminuye el purgatorio* de esa persona —pues en su día morirá vestida del hábito limpio de una esperanza no ensuciada por desconfianza alguna—; 3. *evita el infierno*, que quizá hubiera merecido —pues la desesperación suicida puede ser un pecado gravísimo—; y, en fin, 4. le ayuda a *acrecentar su cielo* eternamente.

En resumen, allí donde el ministerio sacerdotal transmite a los hombres bienes *para la vida temporal* —materiales y sobre todo espirituales— y con ellos bienes *para la vida eterna* —evitar el infierno, disminuir el purgatorio, agrandar el cielo—, se manifiesta a los fieles como algo tan verdaderamente grandioso, que hay vocaciones sacerdotales. ¿Cómo no va a haberlas? Las hay de hecho.

Por el contrario, el ministerio sacerdotal, *allí donde se ha suprimido infierno y purgatorio, y se ha asegurado a todos un cielo igual*, queda reducido a una asistencia benéfica temporal, que se sitúa al mismo nivel —o más abajo— que las demás profesiones seculares: médicos, asistentes sociales, psiquiatras, etc. ¿Cómo va a haber así vocaciones apostólicas? No las hay. Faltan casi en absoluto. ¿Cómo va a haberlas? En realidad, si se falsifica tan gravemente el Evangelio, no tienen por qué surgir las vocaciones apostólicas.

3. La secularización

En otro estudio (*Sacralidad y secularización*, Fund. GRATIS DATE, Pamplona 1996) he descrito la *secularización de la vida laical, de las obras de caridad, de la acción pastoral y misionera, la secularización de la liturgia, la secularización, en fin, de los fines y medios propios de la Iglesia de Cristo*.

Todas esas modalidades de la secularización, evidentemente, están entre las causas que más eficazmente influyen en la escasez de vocaciones apostólicas. Pero, como es obvio, en la escasez de las vocaciones influye de una manera muy especial *la secularización de la vida y acción de sacerdotes y religiosos*. Me dispense, pues, aquí, para ser breve, de describir estos procesos que en la obra citada describo y analizo.

Señalo, sin embargo, aquí otra manera de la secularización que, en grados más o menos acusados, se da

con frecuencia en las Iglesias más debilitadas; y es *la secularización de la educación católica*. En las Iglesias sin vocaciones los colegios católicos apenas dan educación católica. Y esto, a veces, no sólo *de hecho*, sino *en principio*.

Hace pocos años, en un *Congreso de educadores católicos* celebrado en Madrid, se establecía para la educación de sus centros el siguiente plan:

«Los educadores cristianos estamos convocados a evangelizar, desde la educación, las culturas de nuestro tiempo. Esta llamada exige lucidez para detectar lo que ocurre en la realidad circundante, capacidad crítica para analizarlo y toma de postura desde los criterios del Evangelio.

«Ante una concepción de educación escolar exclusivamente como transmisora de saberes es preciso pensar, programar y realizar una educación comprometida con la causa del ser humano como persona. Una educación que, en todos los procesos de enseñanza-aprendizaje, tenga como referente de comprensión, de interpretación y de actuación a la persona como valor fundamental. Una educación que, por ser personalizadora, ha de ayudar al desarrollo de todas las dimensiones y capacidades del ser humano. Para ello, junto a otros muchos contenidos educativos, ha de hacer presente la propuesta de valores de sentido de la propia existencia.

«A la educación personalizadora, enraizada en la valoración de cada persona, hay que incorporar la dimensión social de la educación. Una educación insertada en el proceso global de transformación de la sociedad.

«Esta propuesta educativa nos lleva:

—«A desarrollar el potencial de valoración de los alumnos de modo que les capacite para hacer opciones libres y conscientes en la vida.

—«A ayudarles en el proceso de maduración en ámbitos básicos de su personalidad: la dimensión cognitiva, la dimensión afectiva y la dimensión de la libertad. La experiencia nos confirma que sólo en lo profundo de una personalidad madura pueden germinar y crecer los valores trascendentes.

—«A asumir operativamente la dimensión social de la educación y la formación de la conciencia social de los alumnos, promoviendo en los centros educativos acciones concretas: programas cooperativos en favor de la solidaridad, los derechos humanos, la paz, la tolerancia, el diálogo; colaboración en proyectos sociales dirigidos a las personas y los grupos desfavorecidos, excluidos o marginados.

«Percibimos la necesidad de una educación moral de nuestros alumnos y alumnas que parta del reconocimiento de la dignidad de toda persona. Esto nos lleva a ofrecer el mensaje cristiano como horizonte para la realización del ser humano, para la mejora y humanización de la sociedad.

«En este contexto, la propuesta de educación integral debe dirigirse hacia la formación de personas autónomas que saben quiénes son y hacia dónde se orienta su existencia, capaces de darse un proyecto personal de vida valioso y de llevarlo libremente a la práctica».

Un portavoz autorizado declaraba que este planteamiento de la educación católica se producía «en la perspectiva de la Nueva Evangelización». Y tan nueva...

Instruir a los alumnos en «valores» sirve de muy poco si no se les forma en «virtudes», y esta formación en virtudes solo será posible en la medida en que conozcan y se unan a Cristo Salvador, a quien se encuentra en la Iglesia.

Gracias a Dios, *hay centros católicos que creen en la posibilidad de la educación católica*, la procuran y la consiguen en mayor o menor medida: enseñan a amar y a obedecer a Dios, a creer en la vida eterna, educan en la oración, la virtud y los sacramentos, en el amor a los padres y a todos, en la castidad y el pudor, en la

fidelidad y la laboriosidad, procuran las buenas lecturas, etc. Son centros y liceos donde obra el Señor por el Espíritu Santo y los educadores apostólicos. Son árboles buenos que dan buenos frutos.

Pero junto a ellos, a veces muy cerca, *hay otros centros «católicos» que no creen en la posibilidad actual de la educación católica*, que no la procuran y que, por supuesto, no la consiguen –lo que les confirma en su convicción inicial–. Son árboles malos, que dan frutos malos.

> *Vocaciones*. Para infundir en los hombres «la fe y la esperanza en Jesucristo», como única salvación de personas y pueblos, hay y habrá siempre vocaciones sacerdotales y religiosas. Pero para propugnar la solidaridad, la tolerancia, el diálogo y la paz, y otros «valores», no las hay ni las habrá. Ni tiene por qué haberlas en la Iglesia de Dios. Para eso, nadie será capaz de «dejarlo todo y seguir a Cristo».

De hecho, entre los distintos institutos religiosos, *el mayor descenso de las vocaciones se ha producido en las familias religiosas educativas que no dan –ni lo intentan– educación católica*; y esto es así a pesar de ser ellas las que tienen un contacto más directo y frecuente con la juventud. El fenómeno es tan cierto como comprensible.

Los sabios necios y los ignorantes sabios

Hemos visto, en fin, brevemente, sólo tres temas doctrinales, en que la enseñanza católica de la Iglesia es torcida o silenciada con frecuencia. Y hemos señalado su nexo causal evidente con la ausencia de vocaciones. En otros cien objetos de la fe, de más compleja descripción y análisis, hubiéramos llegado a las mismas conclusiones: *todo falseamiento o silenciamiento de verdades de la fe tiene fuerza efficacísima para acabar con las vocaciones*. Esta afirmación es muy grave y muy importante, y merece el complemento de cuatro observaciones.

1.– *El pueblo cristiano guarda la fe, aunque en las alturas de la Iglesia se produzcan escándalos morales*. En tantas ocasiones a lo largo de la historia de la Iglesia, se ha podido comprobar que los pecados de los más altos miembros de la Iglesia no eran capaces de destruir la fe de los cristianos. Y que éstos continuaban yendo a Misa, para pedir unánimes al Señor: «no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia». Lo mismo que seguían también surgiendo vocaciones.

2.– *El pueblo cristiano tampoco pierde la fe cuando él mismo peca*. Eso sí, la pone en peligro: «mantén el buen combate, con fe y buena conciencia. Algunos que la perdieron naufragaron en la fe» (+1Tim 1,18-19).

Es posible, por ejemplo, que un feligrés en un mal momento se propase con su novia, y quebrante la ley de Cristo. Tendrá que arrepentirse, confesarse, y hacer propósito de la enmienda; y aún con eso, es posible que tenga otras recaídas. De todos modos, en esa y otras materias, cojeando, cayendo y levantándose, con el favor de Dios, mejor o peor, irá caminando por el Evangelio del Señor. Lo que no es probable es que este cristiano corriente, *pierda la fe* en temas de castidad, es decir, se atreva a *suprimir* la ley de Cristo o a *cambiarla*, que viene a ser igual, y acaba viendo como bueno lo que es malo, si no se ve «ayudado» para ello por falsos pastores y profetas.

3.– *El pueblo pierde la fe cuando es engañado por los falsos profetas*. Sin éstos, aunque sea precariamente, guarda la fe. Para *cambiar o suprimir* la ley de Cristo hace falta la soberbia de una autosuficiencia que rara vez se encuentra en los feligreses sencillos, pero que

por desgracia se da hoy con demasiada frecuencia entre los estudiosos de las Iglesias sin vocaciones.

Volviendo al ejemplo último: no pocos expertos en teología moral, partiendo de sus conocimientos y títulos académicos, y usando delicadísimas herramientas semánticas, hermenéuticas, filosóficas y teológicas, llegan a *descubrir* a veces lo que nunca se le hubiera ocurrido al pobre pueblo cristiano ignorante: que «a partir de una visión meramente personalista del amor *no se puede afirmar taxativamente que las relaciones sexuales prematrimoniales sean enteramente y en todas circunstancias descartables*». Es posible, eso sí, discernir el criterio de «la negatividad moral de las relaciones sexuales prematrimoniales. Pero, al mismo tiempo, el criterio no indica que siempre sean *en sí mismas* éticamente rechazables»...

Leo este texto de un teólogo *católico*, publicado por una editorial *católica*, en una librería *católica*. Pero, con pocas excepciones, en cualquier librería católica de las Iglesias debilitadas, también en las diocesanas, pueden hallar los novios cristianos tan «alentadoras» lecturas.

4.– *La generalización de la mala doctrina, que se registra en los pueblos descristianizados de Occidente, y que es capaz de acabar con la fe y con las vocaciones, ha venido impulsada ante todo por los eclesiásticos y religiosos más ilustrados*. Así ha sido casi siempre, por lo demás. Ya sabemos que el Señor se complace en manifestar a los humildes pequeños lo que oculta a los sabios autosuficientes (+Mt 11,25).

Y quien se extrañe de que puedan darse en las Iglesias tan grandes errores, olvida las profecías de Jesucristo: «saldrán muchos falsos profetas y extraviarán a la gente» (Mt 24,11; +7,15-16). Estos maestros del error, al servicio del enemigo –según explica Cristo– son los que siembran la cizaña en el campo del Señor, «*mientras todos dormían*» (Mt 13,25), especialmente los que tenían por encargo vigilar la heredad de Dios.

Ésta es, propiamente, la acción del Padre de la Mentira, o como dice el Apocalipsis, la actividad propia de la Bestia segunda (Ap 13,2.12-17). Es el empeño incesante de *los falsos profetas*, cuya fisonomía y modos de actuar conocemos perfectamente, no sólo por la experiencia presente, sino porque son muy numerosos los avisos y las descripciones que los Apóstoles dan sobre ellos (1Tim 1,7; 6,4-6.21; 2Tim 2,17-18; 3,1-13; 4,4.15; Tit 1,10-16; 3,11; Sant 3,15; 2Pe 2; 1Jn 2,18.26; 4,1.5-6; Jud 3-23).

Podemos visualizar esto con una parábola-acertijo. Dos hermanos, cristianos practicantes, se ven sacudidos por una gran desgracia: su padre ha sido atropellado por un conductor imprudente. Ambos han procurado los más extremos cuidados clínicos a su padre, que está ahora entre la vida y la muerte, y sólo queda esperar si reacciona. En esta situación, un hermano acepta la desgracia como permitida por la Providencia divina; y suplica a Dios, encargando misas y por la intercesión especial de un santo, que sane a su padre, lo que vendría a ser un milagro, si así conviene. El segundo hermano ironiza con amargura sobre todo eso, pues él niega que la Providencia divina tenga nada que ver con un mínimo accidente causado por un imprudente; no cree en la intercesión de los santos, ni en la eficacia de las misas ofrecidas por una intención; como tampoco cree en la posibilidad de un milagro que altere en un punto las leyes universales. El primer hermano defiende sus actitudes espirituales recurriendo al *Catecismo* universal de la Iglesia. El segundo comenta que el mayor defecto del citado *Catecismo* es haber sido escrito. El acertijo es éste: ¿cuál de los dos hermanos estudió recientemente en un seminario, un noviciado o un centro teológico?... En la mayor parte de las Iglesias que van disminuyendo la respuesta es obvia.

5.— No pocas veces, *las mismas Iglesias y familias religiosas que no tienen fuerza para suscitar vocaciones, tampoco la tienen para dar buena formación en sus seminarios y noviciados* a aquellas pocas que, a través de movimientos, familias cristianas o personas concretas —muy poco de su agrado—, Dios les da, en su gran misericordia. Sus Centros de formación vocacional adolecen de graves deficiencias en doctrina y espiritualidad. Lo cual es causa también de la escasez de vocaciones.

6.— *Por último, donde la mala doctrina abunda, se debilita la fe y la vida moral del pueblo cristiano, y se acaban las vocaciones sacerdotales y religiosas.*

La primacía de los teólogos sobre los pastores

En un pueblo descristianizado es lógica la primacía de los teólogos sobre los pastores. Por eso, precisamente, es un pueblo descristianizado: porque no «persevera en escuchar la enseñanza de los apóstoles» (Hch 2,42).

Y entonces, cuando un buen número de teólogos se contraponen al Magisterio apostólico, y se hace hábilmente con la guía práctica de los cristianos —cuando, por ejemplo, entre los autores más promovidos en las librerías católicas, también en las diocesanas, están durante decenios un Hans Küng o un Leonardo Boff—, el pueblo se divide, y muchos van a la ruina. O con otro ejemplo: poco crédito se dará a unas encíclicas como la *Humanae vitae* o la *Familiaris consortio*, allí donde tantas librerías católicas, también las diocesanas, difunden *sobre todo* libros de teólogos que las contradicen abiertamente en temas graves.

Es normal que el mundo protestante, careciendo de sucesión ministerial apostólica, de sacerdocio sacramental y de santidad canonizada, dé la primacía de la enseñanza a los teólogos. Eso es lógico. Pero la Iglesia católica confía la guía de los cristianos no a los más listos o eruditos, o a los que más gritan, o a los que reciben más apoyos del mundo, sino a los pastores, sacramentalmente ordenados, «puestos por el Espíritu Santo para apacentar la Iglesia de Dios» (+Hch 20,28), los cuales, contando con la fiel colaboración de los teólogos, aseguran a los cristianos los buenos pastos.

En efecto, la buena doctrina es primordialmente, con la Escritura, la *didascalía apostolorum* y la enseñanza de los santos. El orden, pues, es éste, y no debe ser alterado: «*primero* los apóstoles, *segundo* los profetas, *tercero* los doctores» (1Cor 12,28). Es decir: primero los Obispos, segundo los santos, y tercero los teólogos.

De nuevo un ejemplo, esta vez histórico. Cuando a comienzos del siglo V el *semipelagianismo* se va difundiendo en torno de algunos monasterios de las Galias, los futuros santos Próspero e Hilario acuden a la Sede apostólica del Papa Celestino I, denunciando que no pocos sacerdotes están enseñando en temas de gracia contra la verdad católica.

San Celestino I (431) escribe entonces una larga carta a los Obispos de las Galias, en la que se ocupa *casí más* que de rechazar los errores, de reprocharles que no hayan sabido hacer valer su autoridad apostólica docente, y que en sus Iglesias hayan prevalecido así las enseñanzas de aquellos a quienes corresponde un tercer puesto en la Iglesia (*cum sit eius tertius locus intra Ecclesiam deputandus*). Expresa luego sus dudas acerca de si los Obispos no serán cómplices de aquellos errores que no condenan (*timeo ne connivere sit, hoc tacere*). Ordena que no siga alzándose la novedad contra la antigua tradición (*desinat incessere novitas vetustatem*), de modo que la Iglesia pueda vi-

vir en paz y sin confusión. Manda que los presbíteros se sujeten a los Obispos (*sciunt se, si tamen censentur presbyteri, dignitate vobis esse subjectos*). Y finalmente termina su corrección diciéndoles: *nam quid in ecclesiis vos agitis, si illi summam teneant praedicandi?* ¿Qué hacéis, pues, en vuestras Iglesias, si son *otros* los que dan la suprema doctrina?... (ML 50, 528-537; 67, 267-278).

Cuando «las herejías se agolpan», acaban con las vocaciones

No pocas Iglesias pasan por «un confuso período en el que todo tipo de desviación herética parece agolparse a las puertas de la auténtica fe católica». Esta afirmación del Cardenal Ratzinger, que citaba más arriba, no se limita a ciertos Centros teológicos, profesores o publicaciones especializadas. Vale también, en no pocas Iglesias, para las parroquias y catequesis, reuniones y revistas más populares. Para mostrarlo, y teniendo sólo en cuenta el campo de los sacerdotes con ministerio pastoral, podría fácilmente coleccionarse un anecdotario lamentable...

—«Hoy, en la homilía, ha dicho el cura que a la muerte de Cristo no hay que echarle tanta mística —un “sacrificio”, ofrecido para “redención de los pecadores”, etc.—; y que fue, simplemente, como sigue ocurriendo hoy, la muerte de un defensor de pobres y marginados, ordenada por ricos instalados en el poder».

—«Vengo de una celebración penitencial. Al acabar las lecturas y la predicación, nos ha explicado el sacerdote que por el hecho de reunirnos en una liturgia penitencial, ya quedaban perdonados nuestros pecados; pero que si alguno quería pasar a confesarlos individualmente, podía hacerlo...» etc.

—«¿Recuerdas a aquel joven que hace unos años le abandonó su esposa? El otro día un religioso le ha dicho que así no puede seguir, que vaya pensando en rehacer su vida con alguna buena mujer, que no es posible que, a su edad, Dios le pida...» etc.

En una Iglesia local, maleada en doctrina y disciplina, estas anécdotas se multiplican indefinidamente, hasta el punto que ya ni siquiera se almacenan en la memoria. Llegan un día tras otro, y a veces varias en un solo día. No afectan, a veces, es cierto, a la mayoría del clero y del laicado; pero crean efectivamente en muchos, a veces en la mayoría, una oscura y difusa confusión, en la que *casí todo resulta más o menos opinable*, y en la que el Magisterio apostólico viene a ser «una línea» más de pensamiento y conducta, respetable, sin duda, pero que, por supuesto, no obliga estrictamente en conciencia. Ésta, sin duda alguna, ha de ser puesta siempre por delante.

Ese continuo anecdotario, herético y sacrílego, forma en esas Iglesias un tal ambiente morboso, que podría recordarnos al de una región altamente insalubre, en la que nubes de mosquitos inoculasen en la población unas fiebres malignas, de las que muchos murieran. Esa zona sólo podría sanearse fumigándola desde arriba, y acometiendo obras importantes de infraestructura para sanear las ciénagas nocivas. Otro remedio no hay. No es posible ir matando millones de mosquitos, uno a uno.

Podrá discutirse el aspecto *cuantitativo* del maleamiento doctrinal y práctico en esas Iglesias: si esos errores y abusos se dan con mucha o no tanta frecuencia. Y no será fácil dar con un criterio objetivo de medida. Pero hay, sin embargo, en esta cuestión un aspecto *cuantitativo*, difícilmente discutible, y que es claramente significativo: *en esas Iglesias ya apenas se denuncian al*

Obispo o a otras autoridades pastorales tan frecuentes «desviaciones heréticas» o tan numerosos «sacrilegios» (sacrilegio es «tratar indignamente los sacramentos y las otras acciones litúrgicas», según el Catecismo de la Iglesia Católica, n.2120). Todos saben que es perfectamente inútil.

Y así los cristianos fieles se han resignado ya a ese mal, abrumados por su frecuencia: «¿Qué adelantaremos con denunciarlos?, dicen. Todo esto sucede públicamente en bastantes lugares hace muchos años, y el Obispo tiene que saberlo de sobra. Será, pues, que no se puede hacer nada»... Este aspecto *cuantitativo*, fácilmente verificable, certifica, pues, la realidad del aspecto *cuantitativo*, que algunos pudieran poner en duda.

> *Vocaciones*. Pues bien, cuando la *confusión* en algunos graves temas de la fe se generaliza en una Iglesia local, cuando ciertos errores importantes pueden allí afirmarse en formas estables sin que ocurra nada especial, es sumamente improbable que se den vocaciones sacerdotales y religiosas. Por muchas razones, de las que sólo señalaré dos:

1ª. Comprendamos que *las vocaciones apostólicas implican una opción personal muy audaz y arriesgada, que sólomente puede fundamentarse en la Roca firme de una fe verdaderamente católica*. Un cristiano va sin miedos al matrimonio y al trabajo, aunque su fe esté vacilante: en todo caso, aunque fallara la fe, el matrimonio y el trabajo siguen teniendo un sentido natural pleno, y no tienen por qué derrumbarse. Pero un cristiano no puede ir a la vida sacerdotal o religiosa sino partiendo de una fe absolutamente firme. Y es que éstas son formas de vida que, si vacila la fe, se vienen abajo por su propio peso. No se sostienen en motivaciones naturales, o si en ellas se apoyan sólomente, habrá de ser con enormes amarguras y contradicciones, hipocresías y sacrilegios.

2ª. Entre los miembros del clero diocesano o de la familia religiosa donde se dan estos errores y graves abusos en diaria abundancia, *hay necesariamente terribles divisiones*. Sólomente puede haber unidad –no sólo de disciplina, sino también de caridad fraterna– donde la obediencia a la doctrina y disciplina de la Iglesia tiene un nivel suficiente. Pues bien, un cuerpo social muy dividido en forma alguna atrae a ingresar en él.

Por eso, en una Iglesia local, gravemente maleada en doctrina y disciplina, una *Comisión para la Doctrina de la Fe*, que funcione realmente, tiene mucha más fuerza para suscitar vocaciones que una *Comisión para la Pastoral Vocacional*, por bien que ésta trabaje. Pero si esa Comisión Doctrinal es inoperante, si aprecia más la libertad de expresión y de acción, entendida al modo liberal de nuestro mundo, que la ortodoxia doctrinal y disciplinar de la Iglesia Católica, ciertamente no habrá vocaciones, o éstas se producirán de modo excepcional.

Los países ricos des-cristianizados, escándalo para los países pobres

La apostasía moderna se ha producido ante todo en países ricos de antigua filiación cristiana, allí precisamente donde hoy es mayor la escasez de vocaciones. Es en esas naciones donde ha nacido la mayor parte de las actuales falsificaciones del cristianismo. Y así, las mismas regiones que hasta hace poco, con sus misioneros y publicaciones, irradiaban al mundo fe y costumbres cristianas, hace ya decenios que más bien han estado difundiendo agnosticismo, nihilismo y degradación moral.

«No es posible cerrar los ojos, decía Juan Pablo II, ante la oleada de materialismo, hedonismo, ateísmo teórico y práctico, que desde los países occidentales se ha volcado sobre el resto del mundo» (21-3-1981). O como dice Ratzinger: «es infernal la cultura de Occidente cuando persuade a la gente de que el único objetivo de la vida son los placeres y el interés individual» (*Informe* 209).

Un ejemplo. Los organismos internacionales dominados por los países ricos de Occidente, intentan en la *Conferencia de la ONU sobre población y desarrollo* (El Cairo, 1994) difundir a nivel mundial el aborto, la sexualidad prematrimonial o las uniones diversas al matrimonio. De resistir ese potentísimo influjo siniestro han de encargarse no los grandes países de antigua cultura católica –que tienen gran fuerza en el conjunto de las naciones–, sino el mínimo Estado del Vaticano, con los países islámicos y Malta, y nueve países católicos de Hispanoamérica, encabezados por Argentina. Son hechos que dan mucho que pensar.

Por lo demás, como hace notar Ratzinger, es indudable que «*determinada “contestación” de ciertos teólogos lleva el sello de las mentalidades típicas de la burguesía opulenta de Occidente*. La realidad de la Iglesia concreta, del humilde pueblo de Dios, es bien diferente de como se la imaginan en esos laboratorios donde se destila la utopía» (24).

Esto se ve, por ejemplo, con especial claridad en «*la teología de la liberación*, que en sus formas conexas con el marxismo, no es ciertamente un producto autóctono, indígena, de América Latina o de otras zonas subdesarrolladas, en las que habría nacido y crecido casi espontáneamente, por obra del pueblo. Se trata en realidad, al menos en su origen, de una creación de intelectuales; y de intelectuales nacidos o formados en el Occidente opulento» (207).

Y algo semejante habría de decirse respecto de la *african theology*: «muchísimo de lo que es presentado como *africano* es en realidad una importación europea, y tiene mucha menos relación con las auténticas tradiciones africanas que con la misma tradición cristiana clásica. Esta última, en realidad, se encuentra más próxima a las ideas fundamentales de la humanidad y al patrimonio básico de la cultura religiosa humana en general, que a las tardías construcciones del pensamiento europeo, con frecuencia distanciadas de las raíces espirituales de la humanidad» (215-216).

La aversión a «Roma», la repugnancia hacia los dogmas y hacia la gran disciplina de la Iglesia, el olvido de la Cruz y del sacrificio, la negación de la validez universal de las normas morales objetivas, la arbitrariedad en la sagrada liturgia, la supresión indebida de los signos sensibles distintivos en las personas, cosas o lugares especialmente sagrados, la anticoncepción generalizada y la falsificación de la moral prematrimonial y conyugal, la eliminación por principio de la autoridad de Dios en el curso de la vida política, la destrucción de la unidad interna de las naciones, etc., todo eso ha nacido en los países ricos des-cristianizados.

En estas naciones des-cristianizadas, de antigua tradición cristiana, están situados, todavía hoy, *los principales centros teológicos, y allí se escribe y edita la mayor parte de cuanto se lee en la Iglesia universal*. Ese enorme poder de difusión doctrinal unas veces, es cierto, está al servicio de la fe y de la caridad eclesial; pero con demasiada frecuencia sirve para escandalizar a las Iglesias locales jóvenes de los países pobres o menos desarrollados, haciéndoles vacilar a veces en su fe más reciente.

3

Espiritualidad y disciplina

Falsificaciones de la moral

La verdad moral procede de la verdad dogmática (*operari sequitur esse*); y, del mismo modo, los errores de la teología moral proceden necesariamente de los errores en la teología dogmática. Pues bien, como afirma Ratzinger en la obra ya citada,

«muchos moralistas occidentales, con la intención de ser todavía creíbles, se creen en la obligación de tener que escoger entre la disconformidad con la sociedad y la disconformidad con la Iglesia... Pero este divorcio creciente entre Magisterio y nuevas teologías morales provoca lastimosas consecuencias» (94-95), por ejemplo, en cuanto se refiere a la moral de la sexualidad: masturbación, relaciones premaritoniales, anticoncepción, pastoral de divorciados, de homosexuales, etc. (95-96).

Veamos, pues, la repercusión que algunas falsificaciones teológicas y prácticas de la vida moral producen en la escasez de vocaciones. Voy a considerar solamente cuatro cuestiones muy concretas a modo de ejemplo.

1. El precepto dominical

Hay muchas Iglesias en las que un 80 por ciento de los bautizados se mantiene habitualmente lejos de la Eucaristía. Esto es un horror. Pero, fácilmente, cuando un horror se difunde y perdura largamente en una Iglesia –y, más aún, si afecta también a muchas otras–, se comienza por desdramatizarlo, y se acaba fácilmente por verlo como casi normal, justificándolo en cierto modo.

«Es normal que no vayan a una Misa anclada en formas arcaicas, hoy incomprensibles». Y después de todo, «no está el ser cristiano en ir o no a Misa, sino en mucho más que eso: concretamente en la vida de la caridad». Por otra parte, «de poco vale lo hecho por obligación legal: el cristiano ha de moverse siempre por amor». Así pues, «que los cristianos vayan a Misa cuando hayan captado su valor, y no por cumplimiento (cumplimiento y mienta) de un precepto», etc.

Ha de saberse que una Iglesia local hasta tal punto *descentrada de la Eucaristía* no tendrá vocaciones sacerdotales hasta que recupere en materia tan grave la doctrina de la fe. *No hay vida cristiana, ni personal ni comunitaria, sin Eucaristía*. La existencia cristiana es una existencia eucarística. Es la Eucaristía la que asegura continuamente a los fieles cristianos la conexión sacramental salvífica con la Pasión y la Resurrección de Cristo. Es Cristo en la Eucaristía el que, muriendo, destruye en los fieles el hombre viejo pecador, y resucitando, restaura en ellos el hombre nuevo y santo.

Permanecer en la Eucaristía, es decir, permanecer en Cristo, es para los cristianos cuestión de vida o muerte. Así lo enseña el mismo Señor:

«Yo soy el pan vivo bajado del cielo... En verdad, en verdad os digo que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, *no tendréis vida* en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre *tiene la vida eterna*, y yo le resucitaré en el último día» (Jn 6,51-54).

«Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, *ése da mucho fruto*. El que no permanece en mí es echado fuera, como el sarmiento, y *se seca*, y los amontonan y los arrojan al fuego para que ardan» (Jn 15,5-6).

De muchos modos, es cierto, *permanecemos en Cristo*, en primer lugar «guardando sus preceptos» (Jn 15,10), y en primer lugar la caridad. Pero uno de sus principales mandatos es precisamente el de la Eucaristía: «haced esto en memoria mía» (1Cor 24-25). Celebrad la Eucaristía, el memorial de la Redención, «hasta que venga» (26). Es un *mandato*, no es un consejo dirigido a unos cuantos devotos.

El *precepto dominical* de la Iglesia, sobre la obligación de participar en la Misa los domingos y días de precepto (Código 1247-1248), declara simplemente *la verdad* de las cosas: que sin relación habitual con Cristo en la Eucaristía, el cristiano fallece –con precepto dominical o sin él–: se queda sin Cristo, que es la Vida; es decir, se muere.

La Iglesia, como dice el Vaticano II, está convencida de que la Eucaristía es «fuente y cumbre de toda la vida cristiana» (LG 11a; +CD 30f; PO 5bc, 6e; UR 6e). Sabe bien que todos «los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el Sacrificio y coman la Cena del Señor» (SC 10). La vida entera de la Iglesia tiene, pues, en la Eucaristía su *fuentes* y su *fin*.

Pues bien, *las Iglesias sin vocaciones sacerdotales son Iglesias descentradas de la Eucaristía*. Las llamadas a la Eucaristía dominical no se proponen con insistencia, con fuerza solemne, pública, comprometedor, apremiante, urgente, insistente. No son llamadas que pongan la conciencia de los cristianos ante dos caminos, uno de vida y otro de muerte.

En esas Iglesias, quizá, se hacen campañas reiteradas sobre la solidaridad, los pobres, el paro, la marginación, el hambre, la xenofobia, los enfermos, la ecología, la contribución económica a la Iglesia, la preparación al matrimonio, la construcción o restauración de templos, y tantos otros temas de indudable importancia. Pero entre la promoción de esas nobles causas y la insistencia explícita a «*permanecer en Cristo*» por la Eucaristía dominical viene a haber una proporción como de nueve a uno.

Queda claro, pues, que si en esas Iglesias la Eucaristía es considerada importante, mucha mayor importancia se da a *la vida moral* de los cristianos, especialmente en cuanto ésta se refiere a cuestiones de justicia social.

> *Vocaciones*. En ese marco mental y práctico ¿no es perfectamente comprensible que el 80 o el 90 por ciento de los fieles no vaya a Misa? ¿No es previsible que apenas habrá vocaciones sacerdotales? ¿Esta carencia, a veces casi absoluta, de vocaciones sacerdotales podrá ser superada con grandes empeños de pastoral vocacional? Tantas campañas vocacionales, casi totalmente inútiles, se hacen superfluas cuando una Iglesia logra centrarse doctrinal, espiritual y pastoralmente en su verdadero centro: Cristo en la Eucaristía.

2. El sacramento de la penitencia

Es evidente que la condición de *ministro del perdón de Dios* entre los hombres es uno de los aspectos más

hermosos de la figura del sacerdote de la Nueva Alianza. El Cristo resucitado, acercándose a los apóstoles, sopló su aliento sobre ellos, y les dijo: «recibid el Espíritu Santo; a quien perdonareis los pecados les serán perdonados; a quienes se los retuviereis les serán retenidos» (Jn 20,22).

Antes he recordado cómo el *Sínodo de Obispos* de 1971 enseña que el ministerio sacerdotal «*hace sacramentalmente presente a Cristo*, Salvador de todo el hombre, entre los hermanos», y lo hace, entre otros modos, «*perdonando los pecados*» (I,4). En este sentido, el ministro del perdón de Dios es para los cristianos un lugar privilegiado para encontrarse con Jesucristo.

>*Vocaciones. Donde no hay confesiones, no hay vocaciones.* Es una regla que no falla. Como tampoco falla la regla contraria: *donde hay confesiones, hay vocaciones.* Parece un principio muy sencillo; pero es que, en realidad, los misterios de la gracia son muy sencillos, pues son ante todo para los humildes. Es la soberbia la que complica las cosas, y la que introduce en callejones sin salida.

Es muy sencillo: aquellas Iglesias que han eliminado prácticamente el sacramento de la penitencia —mediante absoluciones generales ilícitas o determinadas ficciones—, de tal modo han falsificado la vida cristiana y han desfigurado el ministerio sacerdotal, que se han condenado a sí mismas a no tener vocaciones.

¿Cómo podrán recuperar el florecimiento normal de las vocaciones en una Iglesia católica si no recuperan el sacramento de la penitencia?

3. La castidad y el celibato

—La castidad

Psicólogos, sociólogos y cualquier persona con buen sentido, todos están de acuerdo en que *hoy se padece una erotización morbosa*. Así las cosas, a no pocas Iglesias sin vocaciones se les podría decir aquello que San Pablo escribía a la Iglesia en Corinto: «es ya público que reina entre vosotros la fornicación» (1Cor 5,1).

El espíritu de la lujuria, propio de un mundo erotizado, enferma a muchos cristianos ya desde niños y adolescentes, y sigue haciendo estragos en los jóvenes, y también en los matrimonios que, sin usar de los lícitos métodos naturales para regular la natalidad, apenas tienen hijos.

Y sin embargo, siendo ésa la realidad en las Iglesias que no tienen vocaciones, *apenas se da predicación y catequesis sobre la castidad*, esa forma preciosa de la caridad y del respeto al prójimo —y a uno mismo—, ese espíritu de fortaleza, dominio y libertad.

A los que tantos elogios hacen de la Palabra del Señor habrá que preguntarles: «¿por qué no predicáis el evangelio de la castidad?». A los que tanto encarecen la dignidad de los laicos y su llamada a la santidad, habrá también que decirles: «¿por qué no recordáis a los fieles, alguna vez al menos, la enseñanza del Apóstol: “no os engaños: los fornicarios no poseerán el reino de Dios” (1Cor 6,9-10)?». ¿Es que el pueblo no está enfermo de lujuria y no está necesitado de la única medicina específica capaz de sanar al hombre, que es la Palabra de Cristo?

Dirá alguno: «*hoy conviene silenciar la castidad, pues hace unos decenios la Iglesia hablaba de ella demasiado*». Reitero el argumento que ya di a una objeción semejante: el que predica la castidad con excesiva insistencia da la verdad al pueblo, aunque en forma im-

prudente; mientras que el que calla la castidad, miente, engaña, falsea el Evangelio con su silencio, y deja que la gente se muera en sus pecados. El presunto exceso del pasado en forma alguna excusa el silencio presente.

¿Cómo va a ser casto un pueblo al que no se le predica la castidad, y más aún si vive en un mundo hundiéndose en la impureza? Si el cristiano «vive de toda Palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4,4), cómo va a vivir una Palabra divina que no se le da? Las nuevas generaciones no han de ser privadas de aquellas verdades que quizá se dieron en exceso... a sus abuelos.

Recordemos cómo habla San Pablo de aquellos hombres del mundo antiguo que tiene ante sí: a éstos hombres viciosos

«los entregó Dios a los deseos de su corazón, a la impureza, con que deshonran sus propios cuerpos, pues trocaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en lugar del Creador... Por eso los entregó Dios a las pasiones vergonzosas, pues las mujeres mudaron el uso natural en uso contra naturaleza; e igualmente los varones, dejando el uso natural de la mujer, se abararon en la concupiscencia de unos por otros, los varones de los varones, cometiendo torpezas y recibiendo en sí mismos el pago debido a su extravío... Conocían la enseñanza de Dios, que los que tales cosas hacen son dignos de muerte, y sin embargo, no sólo las hacen, sino que aplauden a quienes las hacen» (Rom 1,24...32). ¿Está viva esta predicación apostólica en las Iglesias que no tienen vocaciones?

¿Cómo habrá vocaciones allí donde los padres cristianos apenas tienen hijos? ¿Cómo habrá vocaciones allí donde la santidad del matrimonio sacramental es habitualmente profanada por la anticoncepción? ¿Y cómo los matrimonios cristianos vivirán la castidad conyugal allí donde ésta apenas se predica?

Mons. Victor Galeone, Obispo de San Agustín (Florida, USA) señala la *anticoncepción* como el mal principal de las familias cristianas actuales: «La práctica está tan extendida que envuelve al 90% de las parejas casadas en algún momento de su matrimonio». Innumerables males, ya señalados por Pablo VI en la *Humanae vitae*, se derivan de tan grave pecado. Y concluye: «Me temo que mucho de lo que he dicho parece muy crítico con las parejas que utilizan anticonceptivos. En realidad, no las estoy culpando de lo que ha ocurrido en las últimas décadas. No es fallo suyo. Con raras excepciones, *debido a nuestro silencio somos los obispos y sacerdotes los culpables*» (Cta. pastoral *El matrimonio, comunidad de vida y amor*, ZENIT 15-XI-2003).

> *Vocaciones.* Allí donde la castidad es una virtud escasamente predicada, apenas habrá, lógicamente, vocaciones sacerdotales y religiosas.

—El celibato

Como es sabido, la virginidad-celibato es un valor netamente evangélico, no conocido apenas por el hombre adámico, y ni siquiera por el Israel antiguo. Y es que sólo se reveló en plenitud cuando Cristo-Esposo se unió con la humanidad-Iglesia en alianza de amor indisoluble. Es entonces cuando Dios abrió este camino de gracia a muchos hombres y mujeres creyentes: un camino, de suyo, aún «mejor», «más feliz», y «más excelente» que el del matrimonio sacramental cristiano; que ya es decir (+1Cor 7,35.40; Trento, 1563: Dz 1810). Pero es un camino precioso que ni los mismos cristianos conocen si no les es iluminado por la predicación.

Pues bien, en la Iglesia sin vocaciones, en las que apenas se predica *la castidad*, menos aún se hace el elogio de *la virginidad*. Y si alguna vez se habla de ella, no se afirma tanto su valor en función de Cristo Esposo

so, sino solamente en función de una mayor capacidad para servir al prójimo –argumento muy débil: como si un taxista casado, por serlo, rindiere menos en su trabajo que otro soltero–. No va por ahí, no, el sentido principal del celibato sacerdotal. Por él, antes de nada, el sacerdote está llamado «a revivir en su vida espiritual el amor de Cristo Esposo con la Iglesia esposa» (Juan Pablo II, 1992, *Pastores dabo* 22).

> *Vocaciones*. El valor del celibato y de la virginidad, allí donde no es objeto de una predicación eclesial suficiente, no es captado por los mismos cristianos. Por eso, las Iglesias locales que no predicán la castidad, ni veneran la sagrada virginidad no tienen vocaciones apostólicas. No pueden tenerlas.

4. La obediencia

La Escritura sagrada enseña que *estar «abandonado a los deseos del propio corazón»* es la mayor desgracia que puede darse en un hombre. Nada peor le puede ocurrir a un hombre que verse dejado a la propia voluntad.

La propia voluntad es un camino de perdición: «los entregué a su corazón obstinado, para que anduviesen según sus antojos» (Sal 80,13); «los entregó Dios a los deseos de su corazón» (Rom 1,24; +28).

Por el contrario, *conocer y realizar la voluntad de Dios* es la suprema felicidad del hombre (Sal 118). Todos los cristianos verdaderos lo entienden. Y a todos ellos, a cada uno según su estado de vida, inculca Cristo la amorosa virtud filial de la obediencia.

La obediencia evangélica, fecunda y liberadora, es la que guarda a los hombres en el amor, la unidad y la paz. Es, concretamente, esa obediencia que ha de prestarse no solamente a la ley de Dios, sino también a los padres, maestros, pastores y jefes, «como al Señor», «en el Señor», porque «es grato al Señor». Es ésta una doctrina muy frecuente en la Revelación. Todo cristiano ha de conocerla y vivirla.

Es doctrina frecuente en la Revelación nueva (Hch 20,28; Rm 1,30; 13,1-7; 1Cor 11,3; Ef 5,22-24; 6,1.5-8; Col 3,20.22-24; 1Tes 5,12; 1Tim 2,1-2; 5,1-2; 6,1-2; 2Tim 3,2; Tit 2,5; 3,1-3; Heb 13,17; 1Pe 2,13-18; 3,1-6; 5,5); pero también en la antigua (+Ex 20,12; Dt 5,16).

Más aún, Dios concede a algunos cristianos la gracia especialísima de profesar *el consejo evangélico de la obediencia*, por el que se obliga libremente a vivir en obediencia continua a una Regla y a un Superior, para librarse así del propio juicio y voluntad, y de este modo adherirse con más facilidad y certeza a la gloriosa voluntad de Dios.

Desde el comienzo de la vida religiosa, la Iglesia siempre ha sabido que «*el voto de obedecer es el principal*, porque por el voto de obediencia el hombre ofrece a Dios lo mayor que posee, su misma voluntad, que es más que su propio cuerpo, ofrecido a Dios por *la continencia*, y que es más que los bienes exteriores, ofrecidos a Dios por el voto de *pobreza*» (Santo Tomás, *STh* II-II,186,8; +Juan XXII, bula *Quorundam exigat*: 7-X-1317).

Pues bien, la soberbia propia de los países ricos descristianizados de Occidente *ignora en gran medida la espiritualidad de la obediencia*, tanto en sus formas generales, como más aún en el religioso camino de perfección. Y esto sucede, como siempre, porque no se vive y predica suficientemente el evangelio de la obediencia, y porque incluso se enseñan doctrinas contrarias a él.

> *Vocaciones*. ¿Cómo surgirán vocaciones a la vida religiosa, allí donde se ignora –o incluso se rechaza– la

obediencia evangélica, si ésta es una de las claves principales de esa vida? La valoración de la obediencia hace posibles las vocaciones religiosas. Pero también *la obediencia a la Iglesia*, a su doctrina y disciplina, es condición indispensable para que Dios suscite vocaciones sacerdotales y religiosas.

Han sido sólo unos ejemplos

Hemos visto hasta aquí cómo *la escasez de vocaciones ha de atribuirse principalmente a la falsificación o silenciamiento de importantes verdades de la fe* (ejemplos: el demonio; la salvación o la condenación; la secularización), *y a la insuficiente predicación de ciertos valores evangélicos principales* (ejemplos: eucaristía dominical; sacramento de la penitencia; castidad y celibato; obediencia).

Se trata, como se ve, sólo de unos pocos temas bien concretos, a mi juicio suficientes. Sin embargo, para explicar adecuadamente la carencia de vocaciones apostólicas sería preciso hacer análisis mucho más amplios sobre la *gnosis* teológica que la está causando –así lo hace en su obra *Manaranche*–. Pero eso requeriría un estudio mucho más extenso. Y yo he preferido tratar aquí de la cuestión en un escrito más breve, que pueda ser leído por un mayor número de personas.

Seguir a Cristo: amor, oración

He dejado para el final *la causa principal* de la escasez de vocaciones, la más importante. *No puede haber vocaciones si no hay una presentación suficiente de Cristo mismo, y si no se estimula lo bastante una relación íntima y amistosa con Él por la oración y la frecuencia de los sacramentos*.

En las diversas vocaciones de matriz apostólica puede haber tres motivaciones principales para dejarlo todo y seguir a Jesucristo: 1, la fascinación atractiva del *mismo Cristo*; 2, la valoración de *su doctrina*; 3, el atractivo de *la misión* apostólica. Y las tres, en uno u otro grado, suelen darse en todos aquellos que siguen la vocación sacerdotal o religiosa. *Pero la motivación principal de las vocaciones es siempre el amor atractivo del mismo Cristo*. Y este amor íntimo y personal –«yo vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Gál 2,20)– ha de ser suscitado en la predicación, y vivido sobre todo en la oración y los sacramentos.

Observemos, si no, el ejemplo decisivo de la vocación de los Apóstoles. Cuando ellos «dejaron todo y siguieron a Jesús», fue en el comienzo mismo de la vida pública del Maestro. No le siguieron, pues, admirados de *su doctrina*: aún no había comenzado apenas a predicar su Evangelio. No dejaron sus trabajos profesionales atraídos por la grandeza y belleza de *los trabajos al servicio del Reino*: apenas tenían entonces una idea de cuál y cómo iba a ser su ministerio apostólico. Es evidente: lo dejaron todo y siguieron a Jesús, *atraídos y fascinados por Él*, queriendo ser sus amigos íntimos y sus compañeros permanentes.

Por eso las vocaciones apostólicas florecen únicamente en aquellas familias cristianas, parroquias o movimientos, que *centran todo el cristianismo en la persona de Cristo*, en su amor, en la vinculación íntima de los hombres con Él. Partiendo de esta unión personal con Cristo, suscitan todos los demás valores de la vocación: la difusión del Evangelio, la liturgia, la causa de la justicia, la ayuda a los pobres, la salvación de hombres y pueblos, etc. Ese amor personal a Jesucristo es lo único que, cuando Él llama, puede dar fuerzas para decirle que sí, dejarlo todo y seguirle siempre.

4

Los caminos de perfección

El mundo

La fe cristiana ve *el mundo secular* –el conjunto de «pensamientos y caminos» acostumbrado por los hombres (+Is 55,8)–, como un mundo trastornado por el pecado –por «el pecado del mundo»–, y absolutamente necesitado de Cristo, «Salvador del mundo» (Jn 4,42). No ve, pues, el mundo de los hombres como un plano neutro y horizontal, en el que lo mismo puede cavarse un pozo o alzarse una torre; lo ve, más bien, como un plano inclinado, que positivamente *inclina* al error y al pecado, *en continua complicidad con la carne y el demonio*. Del mundo, pues, lo mismo que de la carne (la concupiscencia), ha de decirse que «*procede del pecado y al pecado inclina*» (Dz 792/1515).

Efectivamente, «la Escritura presenta el mundo entero prisionero del pecado» (Gál 3,22); todo él «está bajo el poder del Maligno» (1Jn 5,19). Por eso, el que se deja llevar del mundo, de sus modos de pensar y de vivir, el que se hace su amigo, se hace enemigo de Dios y de su Enviado (Sant 4,4; 1Jn 2,16; 5,19; 2Cor 4,4). El mundo ha odiado y perseguido a Cristo, en su vida mortal, y sigue odiándolo y persiguiéndolo ahora, en los cristianos (+Jn 14,18-21).

Descristianización y mundanización

Pues bien, *la descristianización de los pueblos cristianos ricos de Occidente se ha producido sobre todo por una mundanización general de pensamientos y de costumbres*. Y así hoy la muchedumbre de los cristianos mundanizados no solamente no mira con horror la Bestia moderna ateizante, cuyas cabezas visibles están siempre adornadas de «títulos blasfemos» (Ap 13,1), sino que «sigue maravillada a la Bestia» (13,3). (En mi libro *De Cristo o del mundo*, Fund. GRATIS DATE, Pamplona 1997, desarrollo este tema).

Jacques Maritain, en su obra, escrita en 1966, *Le paysan de la Garonne. Un vieux laïc s'interroge à propos du temps présent*, explica bien el proceso. Extracto algunas páginas suyas (85-90), y los subrayados normalmente son míos. «La crisis presente tiene muchos aspectos diversos. Uno de los más curiosos fenómenos que apreciamos en ella es *una especie de arrodillamiento ante el mundo*, que se manifiesta de mil maneras... En amplios sectores del clero y del laicado, aunque es el clero el que da el ejemplo, *apenas la palabra "mundo" es pronunciada, brilla un fulgor de éxtasis en los ojos de los oyentes*». Palabras como *presencia* en el mundo, o mejor aún, *apertura* al mundo, suscitan estremecimientos de fervor. Por el contrario, «todo lo que amenaza recordar la idea de ascesis, de mortificación o de penitencia es naturalmente apartado. Y el ayuno está tan

mal visto que más vale no decir nada de él, aunque por el ayuno se preparó Jesús a su misión pública»...

Ricos y mundanizados. Cuando aquel joven rico fue llamado por Cristo, no quiso dejarlo todo para seguirle «porque era muy rico» (Mt 19,22). Hoy ocurre lo mismo en muchos países ricos des-cristianizados. Entre ellos, «porque son muy ricos», *casi ningún cristiano quiere dejarlo todo para seguir a Cristo*. Están apegados al mundo, y no están libres de su fascinación. Pero tampoco tiene nada de extraño que estos cristianos mantengan tal actitud, si al apego, digamos, natural, a las riquezas, se añade en ellos que han sido educados en una *nueva actitud espiritual de simpatía y admiración* hacia el mundo secular.

Pues bien, *cuando una Iglesia mantiene viva la visión bíblica y tradicional sobre el «mundo»*, como asociado a la carne y al demonio para combatir el Reino de Dios y perder a los hombres, 1.– *los laicos* se santifican, pues viven en el mundo secular con las cautelas convenientes, y al verlo tan perdido en la mentira y la maldad, tratan de pensar y vivir de otra manera, y se empeñan en mejorarlo con todas sus fuerzas; 2.– *los sacerdotes y religiosos*, al ser llamados por Cristo, están prontos para dejarlo todo y seguirle, buscando así tanto la perfección evangélica propia, como la colaboración con Él en la salvación del mundo.

> *Vocaciones*. Por el contrario, *si prevalece en una Iglesia una visión del mundo secular extraña al Evangelio y a la tradición*, es decir, si se ve el mundo como un ámbito no malo, sino neutro; y si, por otra parte, se generaliza la convicción de que *da lo mismo*, en orden a la perfección, dejarlo todo o seguir con ello, entonces: 1.– *los laicos* se secularizan, se pierden en su condición mundana y secular, de modo que ya no son fermentos evangélicos en el mundo, ni tienen fuerza alguna para mejorarlo; y 2.– *los sacerdotes y religiosos* también se secularizan, existencial o incluso canónicamente. En una Iglesia así, por supuesto, no hay vocaciones.

Pero veamos el complejo tema de las diversas vocaciones con un poco más de amplitud.

La renuncia de los religiosos al mundo

Que *los laicos, viviendo en el mundo, están llamados por Dios a la perfección de la vida cristiana* es una verdad de fe indiscutible (puede verse mi escrito *Caminos laicales de perfección*, Fund. GRATIS DATE, Pamplona 1996). No me detendré, pues, aquí a estudiar las posibilidades de santificación de los que *tienen* el mundo, sino la de aquellos otros –sacerdotes y religiosos– que, de uno u otro modo, *renuncian* a poseerlo. Señalaré algunas verdades de la fe que hacen posibles estas vocaciones, y los errores contrarios que acaban con ellas.

Jesús llama de entre los cristianos a algunos para que dejen el mundo y le sigan (+Mt 19,21.27). Los religiosos, según esto, vienen a ser cristianos que «no sólo han muerto al pecado, sino que también, *renunciando al mundo, viven únicamente para Dios*» (Vaticano II, PC 5a; +Rm 6,11). «Cada día muero» (1Cor 15,31), dice el Apóstol, pues «el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo» (Gál 6,14).

Paradójicamente, esta muerte al mundo hace que, entre todos los cristianos, sean precisamente *los religiosos los que tienen una vitalidad más fuerte y benéfica*, que se manifiesta no sólo en *la vida eclesial*, sino también en *la vida cívica* del mundo temporal. Nadie, por ejemplo, ha tenido en la historia civil de Europa o de América un influjo tan

profundo y benéfico como los religiosos. Juan Pablo II recuerda con frecuencia esta realidad histórica tan cierta y notable (cf. por ejemplo, al Sínodo de religiosos, 29-X-94; cuatro canonizaciones, Madrid 4-V-2003).

Camino de perfección más o menos perfectos

Existen actualmente muchos caminos de perfección, reconocidos por la Iglesia, para tender con rapidez y seguridad hacia la santidad: órdenes monásticas, canónigos regulares, órdenes mendicantes, sacerdotes diocesanos, así como congregaciones religiosas clericales o laicales, institutos seculares, sociedades de vida apostólica, asociaciones de fieles, etc.

Pues bien, es oportuno recordar en esto la enseñanza de Santo Tomás, cuando considera *la mayor o menor virtualidad perfecta de los diversos modos de la vida religiosa*, muy poco diversificada todavía en su tiempo.

1.– La mayor o menor excelencia de los institutos diversos de vida consagrada ha de considerarse *primariamente por el fin* al que principalmente se dedican, y secundariamente por *las prácticas* y observancias a que se obligan, que vendrán determinadas por ese fin (+*Summa Theologica* II-II,188, 6).

2.– Según eso, el primer grado de perfección corresponde a la vida *contemplativa-activa*, la que llevaron Cristo y los Apóstoles, pues es más lucir e iluminar que sólo lucir; el segundo grado corresponde a la vida *contemplativa*; y el tercero a la vida *activa* (+II-II, *ib.*). Y aún conviene añadir a esos dos principios otros dos.

3.– La consagración personal, realizada por la profesión de los consejos evangélicos, «*será tanto más perfecta cuanto, por vínculos más firmes y estables, represente mejor a Cristo, unido con vínculo indisoluble a su Iglesia*» (*Vaticano II*, LG 44a). En esta perspectiva, pues, los institutos con *votos* solemnes y perpetuos son los más perfectos y perfeccionantes.

4.– Por último, la vida consagrada es, en principio, *tanto más perfecta cuanto más efectivamente renuncia al mundo*, sea saliendo fuera de él, o manteniéndose dentro de él, pero con acentuada pobreza y recogimiento.

Efectivamente, cuando Cristo dice «*si quieres ser perfecto, déjalo todo y sígueme*», ya se comprende que *en ese dejarlo todo, caben muchos grados y modalidades*, que facilitarán más o menos ese seguimiento. En principio, cuanto más completa sea la renuncia al mundo, más expedito quedará el camino para el seguimiento de Jesús –es decir, para la abnegación de sí, el crecimiento en la caridad, y la acción apostólica–.

Esta renuncia al mundo, por lo demás, puede ser muy radical, aunque se esté en continuo contacto con los hombres: podemos comprobarlo, por ejemplo, en las *Hijas de la Caridad* o en las *Misioneras de la Caridad*, fundadas por la Madre Teresa de Calcuta. En todo caso, es éste un criterio de orden secundario, según enseña Santo Tomás en la primera regla señalada. Es *el fin* pretendido por cada familia religiosa –volveré sobre ello– lo que caracteriza principalmente su grado de excelencia.

Rectificación de algunos criterios falsos

Si actualmente *el aprecio excesivo de la secularidad* –que en ciertos ambientes llega al «arrodillamiento ante el mundo»–, es una enfermedad muy frecuente en las Iglesias más debilitadas, de ahí habrán de seguirse inevitablemente, y en forma generalizada, ciertos errores respecto a los diversos caminos de perfección. Concretamente, no se verá la vida religiosa, la del seguimiento de los consejos evangélicos, como «mejor y más

seguro estado», en expresión de Santa Teresa (*Vida* 3,5). Por el contrario, se estimarán mejores aquellas formas de vida consagrada que menos renuncien al estilo de vida del mundo secular. Y siguiendo la misma lógica, se considerará que un instituto de vida de perfección tendrá tanta mayor fuerza evangelizadora cuanto más secular sea su forma de vida y de acción... Estos errores y otros semejantes deben ser *verificados*, afirmando la verdad bíblica y tradicional. Seguiremos, si no, sin vocaciones religiosas y sacerdotales.

1.– *El camino de la vida religiosa es más perfecto y perfeccionador que el de la vida laical*. Esta convicción tradicional de la Iglesia, arraigada en la enseñanza de Cristo y en la experiencia secular, fue reafirmada en el Vaticano II.

Este Concilio, por ejemplo, en lo que se refiere a matrimonio y celibato, quiere que los seminaristas, conociendo bien «la dignidad del matrimonio cristiano», sin embargo, «comprendan la excelencia mayor de la virginidad consagrada a Cristo» (OT 10b). Esta verdad de la fe es frecuentemente negada en ciertos modos de espiritualidad secular.

2.– *La vida consagrada dedicada directamente a la evangelización, a la contemplación o al cuidado pastoral de los fieles es de suyo más perfecta*, más santa y santificante, que aquella otra orientada a ocupaciones seculares o a labores asistenciales. Los Apóstoles, en concreto, se reservan exclusivamente para «la oración y el ministerio de la palabra», y forman unos diáconos para que se dediquen al caritativo «servicio cotidiano» de los pobres (Hch 6,1-7). Al hacer esto, los Apóstoles eligen sin duda *la mejor parte* (Lc 10,42), siendo, al mismo tiempo, *muy buena* la parte que encomiendan a los diáconos.

Eligen los Apóstoles *la parte mejor* y ciertamente *la más urgente*. Dejando el caso concreto excepcional, y considerando las necesidades globales de los hombres y de los pueblos, hay que afirmar y reafirmar que, hoy como siempre, *la tarea más urgente para el bien de la humanidad es la predicación explícita del Evangelio*.

Si este prioritario servicio de evangelización no es cumplido suficientemente,

–de tal modo crecerán en el mundo las miserias humanas –hambre y enfermedad, drogadicción y neurosis, paro y guerra, homosexualidad y eutanasia, anticoncepción, aborto, injusticia, terrorismo– que los servicios caritativos de los laicos y de los religiosos asistenciales se verán absolutamente desbordados, aún más de lo que ya están ahora. Pero además, por otra parte,

–se terminarán las vocaciones asistenciales, pues no habrá suficiente acción evangelizadora que las suscite y cultive. De hecho, cualquiera puede comprobar que se van haciendo ya ancianos los religiosos asistenciales, y que no hay jóvenes dispuestos a relevarles.

3.– *En principio, la vida religiosa más pobre es la que tiene más fuerza transformadora y evangelizadora del mundo*. Así lo demuestra la vida de Cristo y de sus apóstoles, que en la mendicidad evangelizaron a ricos y pobres, sabios e ignorantes. Sigue, pues, vigente la norma de Aquél que envía al apostolado: «no toméis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni plata, ni tengáis dos túnicas cada uno» (Lc 9,3).

Desde Juan el Bautista, pasando por los apóstoles, los santos de los desiertos, los monjes que hicieron Europa, o los misioneros que hicieron América, el Señor ha obrado siempre sus mayores obras de *santificación* personal, de *apostolado* evangelizador y de *promoción del mundo* temporal a través de aquellos cristianos que han sido llamados por Él a una gran pobreza, es decir, a una renuncia sumamente radical al mundo secular.

Por supuesto, el Señor también suscita *formas de apostolado que requieren muchos medios* –casas, instalaciones, talleres, bibliotecas, etc.–; pero quienes se sirven de todos esos medios, deben reconocer bien claramente que cuando Cristo aconseja la pobreza se refiere también a los medios puestos en el apostolado. Y así, la misma disposición de esos medios, necesariamente cuantiosos, debe estar marcada con el estilo propio de la austeridad evangélica. Y, lo que es más importante, quienes usan de esos medios para el apostolado no han de poner nunca su confianza en la eficacia de tales medios, sino en la gracia misericordiosa del Omnipotente. (Expongo más ampliamente este tema en mi libro *Pobreza y pastoral*, Verbo Divino, Estella 1968²).

4.– *Aquella forma de vida consagrada en la que se renuncia menos al estilo exterior de la vida secular común es menos perfecta*, de suyo y en principio, que otras en las que, con plena libertad respecto al mundo, se parte directamente de la suprema originalidad del Evangelio.

Es indudable, sin embargo, que el Señor asiste con su gracia a aquellos cristianos que, dóciles a la vocación que El mismo les da, llevan una forma de vida en la que el mundo –sus costumbres, sus ocupaciones, sus títulos y prestigios, sus vestidos, sus modos de ocio, etc.– se deja *menos* en lo exterior.

Ahora bien, cuando estos cristianos estiman que su camino, *por ser más secular* es de suyo más perfecto y apostólicamente más eficaz, piensan en forma errónea, y aunque sea inconscientemente se apoyan más en la fuerza humana que en la de Dios, debilitando así necesariamente su influjo en el mundo. Y es que en esto se han alejado de la lógica del Logos divino (1Cor 1,26-31).

5.– *La vida consagrada a Dios por votos solemnes y perpetuos debe ser especialmente apreciada*, pues en principio es más santa y santificante que aquellas otras formas de vida que se fundamentan en votos temporales o en otros compromisos menos firmes y estables (+LG 44a; *STh* II-II,88,6).

> *Vocaciones*. Fácilmente se entiende que, allí donde no se mantengan vivas estas convicciones de la fe cristiana, y *se iguale* la virtualidad santificante de todos los caminos, o incluso se consideren éstos *mejores* cuanto más seculares sean, se acabará con las vocaciones sacerdotales y religiosas.

En fin, quede claro en todo esto que no se compara aquí, por supuesto, la virtualidad santificante, por ejemplo, de un movimiento laical *muy ferviente* con una orden religiosa *muy decadente*. Se compara, ya se entiende, estados diversos de perfección *en igualdad de condiciones*, es decir, en grados semejantes de fidelidad y entrega. Y se hace la comparación en un plano doctrinal, tratando de conocer aquello que es *de suyo* mejor, *en principio*, atendiendo a las *condiciones objetivas* de un concreto camino de vida.

En este sentido, siguiendo a Santo Tomás, he recordado estas comparaciones no para otra cosa sino para que andemos siempre humildes en la verdad, pues «la humildad es andar en verdad» (Santa Teresa, *VI Moradas* 10,8). Sólo en la humildad de la verdad florece la vida cristiana y surgen todas las vocaciones cristianas.

La perfección del camino sacerdotal

Una breve nota sobre el tema. Junto a la vocación religiosa, la Iglesia tradicionalmente ha reconocido que *la vida pastoral de los sacerdotes, que se da plenamente en los Obispos, es un camino especialmente favorable para la perfección*.

En efecto, por la vida apostólica, que tantos santos canonizados ha dado a la Iglesia, se asume el mismo género de vida de Cristo y de los Apóstoles, y su misma misión, su mismo oficio y ministerio: ese dar la vida por las ovejas, para que tengan vida, y la tengan sobreabundante (Jn 10); ese «gastarse y desgastarse por las almas, hasta el agotamiento» (2Cor 12,15); esa dedicación sacerdotal «en favor de los hombres, para las cosas que miran a Dios» (Heb 5,1), es un estímulo diario potentísimo para crecer en el amor a Dios y a los hombres, es decir, para ir creciendo día a día en la perfección evangélica.

Por eso el Vaticano II, fiel a la Tradición, afirma que «*los sacerdotes están obligados de manera especial a alcanzar la perfección*», por su nueva configuración sacramental a Jesucristo, y porque de ello depende además en buena medida la eficacia de su ministerio santificador (PO 12; Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, cp. III).

El sacerdote católico recorre su camino diario bajo el impulso de la caridad pastoral, que le lleva a darse en *el triple ministerio*, como maestro, sacerdote y pastor (PO 13). Pero, al menos en la Iglesia latina, a semejanza de los religiosos, también se perfecciona en su modo según *el triple consejo evangélico*, es decir, también en él, dedicado a los hombres en las cosas de Dios, hay una radical ruptura con el mundo secular, configurada en la obediencia, la pobreza y el celibato (PO 15-17).

Ya no enmarca su vida en las coordenadas primigenias, familia y trabajo (Gén 1,28), sino que «en cuanto representa a Cristo Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia, el sacerdote... está llamado a revivir en su vida espiritual el amor de Cristo Esposo con la Iglesia esposa» (*Pastores dabo* 22). Tampoco se dedica ya a pescar peces, ni a otros trabajos seculares rentables, sino que está dedicado a «pescar hombres» (Lc 5,10). Sin una renuncia, pues, al mundo secular, en sus formas naturales, elevadas por Cristo, de la familia y el trabajo, no puede el cristiano acceder al sacerdocio ministerial.

> *Vocaciones*. Pues bien, allí donde se haya secularizado la figura del sacerdote, igualando más o menos el sacerdocio ministerial y el sacerdocio común; allí donde se haya olvidado o negado que el sacerdote hace sacramentalmente presente a Cristo, Salvador de todo el hombre, entre los hermanos; allí donde se ignore o se niegue que la vida sacerdotal es especialmente santificante –especialmente estimulante del amor a Dios y al prójimo–, y que, por tanto, *de suyo*, en orden a la santidad, *no da lo mismo* ser sacerdote o laico; allí donde no estén vigentes éstas y otras convicciones bíblicas y tradicionales, disminuyen necesariamente o desaparecen las vocaciones sacerdotales.

Ésta es una afirmación teórica, doctrinal; pero al mismo tiempo es una comprobación práctica, de experiencia.

Mundanización-secularización y escasez de vocaciones

> *Vocaciones*. Volviendo al tema de la mundanización secularizante, habrá que decir que la escasez de vocaciones debe atribuirse en buena parte a dos causas:

1ª.– *Apenas hay cristianos que quieran renunciar al mundo* para seguir a Jesucristo, o bien porque están apegados al mundo, como el joven rico (Mt 19,22), o bien porque les han hecho creer que tal renuncia no trae especiales ventajas para la vida espiritual y el apostolado.

2ª.– *Los seminarios y noviciados de ambiente mundano defraudan gravemente a aquellos cristianos que*

quieren dejar el mundo para seguir a Cristo, al servicio de los hermanos. Y en ocasiones, esos Centros formativos ejercen sobre esas personas presiones difícilmente soportables.

Es un dato de experiencia que las verdaderas vocaciones al sacerdocio o a la vida religiosa se ven continuamente hostilizadas en los seminarios o noviciados de *ambiente secularizado*, y que en ocasiones, incluso, acaban con ellas o las malean. Por lo demás, es fácil comprobar que son estos Centros los que menos vocaciones atraen. Y al contrario, los Centros formativos que más vocaciones atraen son aquéllos cuya vida es notablemente *distinta* a la del mundo secular y claramente *mejor*, más evangélica.

5

La pastoral vocacional

Prefieren seguir en sus ideas que tener vocaciones

Hay centros de formación diocesanos o religiosos que, antes que aceptar las orientaciones de la Iglesia, prefieren quedarse sin vocaciones. No pueden menos de saber que, en circunstancias sociales y culturales análogas, otros centros de formación, que se identifican con la doctrina y la disciplina de la Iglesia, tienen vocaciones, y a veces muchas. Pero, por supuesto, no por este dato de experiencia abandonan aquéllos su obstinación suicida. Ellos viven fuera de la realidad eclesial; tienen bastante con sus ideas.

Citaré un ejemplo. Una encuesta reciente hecha en las diócesis de un país grande de Europa, mayoritariamente católico, muestra que en ellas la proporción media por un seminarista es de 22.575 habitantes. Únicamente en dos diócesis la media es de casi 70.000, lo que significa que su escasez de vocaciones es más del triple de la media nacional. Pues bien, al poco tiempo de hacerse públicos estos datos, un profesor de una de esas pobres diócesis publica un artículo –los subrayados son míos– en el que denuncia que

«la rigidez del aparato eclesiástico termina por preferir el mantener un prototipo de cura, antes que garantizar la presidencia y celebración eucarística de las comunidades». Y profundiza más en su análisis: «Frecuentemente, el problema-obsesión del número de seminaristas, se utiliza como solapamiento del intento de volver a los modelos negativamente clericales de antaño o de la ofensiva sacerdotalizadora del presbiterado, que supone una práctica rejudaización del mismo» (19-III-94)...

Digo lo mismo en otras palabras: «La Iglesia tiene la culpa de que nosotros no tengamos vocaciones, por-

que se obstina en mantener un modelo de cura distinto del que nosotros, proféticamente, queremos producir»... La idea es formidable. Y en ella se mantienen.

En realidad, *las Iglesias locales sin fuerza para suscitar vocaciones, tampoco suelen tenerla para dar buena formación* doctrinal y espiritual a las que en ellas nacen, por milagro de Dios. Y así se forma un círculo vicioso. *Faltan* vocaciones allí donde *faltan* buenos seminarios y noviciados.

En esa lamentable situación descrita, hay quienes piensan así:

«Ya sabemos que si quisiéramos hacer sacerdotes o religiosos al estilo tradicional, *tendríamos vocaciones*. Pero eso sería un paso atrás inadmisibile en la vida de la Iglesia. Antes de eso, *preferimos no tener vocaciones*».

Partiendo, pues, de ese planteamiento, ellos siguen procurando en su pastoral vocacional y en sus Centros formativos un modelo de sacerdote y religioso abiertamente diverso del que la Iglesia quiere. Y el hecho de que, como consecuencia, persista una extrema escasez de vocaciones no les angustia especialmente, sino que en cierto modo les alegra, porque piensan que «una *carencia de vocaciones, suficientemente prolongada, obligará por fin a la Iglesia a cambiar su modelo de sacerdote o religioso, y a aceptar el que nosotros hoy, proféticamente, propugnamos*». Datos objetivos obligan a pensar que esta siniestra hipótesis no es sólo un mal sueño o un juicio temerario.

Quienes así piensan y actúan están, pues, echando un pulso a la Iglesia y al Señor Jesucristo, que la gobierna a través de los Pastores sagrados. ¿De quién habrá que pensar que será la victoria?...

Juan Pablo II, en un encuentro con los Obispos del Brasil, y refiriéndose a la grave crisis que allí sufre la vida religiosa, les dice:

«Una vida religiosa que no expresa la alegría de pertenecer a la Iglesia y, con ella, a Jesucristo, ha perdido ya la primera y fundamental oportunidad de una pastoral vocacional».

Por eso mismo, «las actividades y los programas de la Conferencia Nacional de los Religiosos deben, ante todo, caracterizarse por el reverente acatamiento y la especial obediencia al sucesor de Pedro y a las directrices emanadas por la Sede Apostólica».

«Algunos documentos publicados en años posteriores, con mi aprobación, sobre la formación de los Institutos religiosos y sobre la vida contemplativa (por ejemplo, la instrucción *Verbi sponsa* de 1999) ¿han sido puestos en práctica?» (disc. publicado el 10-XII-2002).

Vocaciones por obra del Espíritu Santo

Pero, en fin, todas estas nieblas se disipan con la luz de una verdad muy sencilla: *siendo nuestro Señor Jesucristo quien da la gracia de las vocaciones, es normal que las dé donde éstas se configuran del modo que Él quiere, y que no las suscite donde pretenden configurarlas en modos contrarios a su voluntad*.

Ahora bien, la voluntad de Cristo sobre la debida configuración de las vocaciones sacerdotales y religiosas no es una voluntad que permanezca oculta, ni que sea un mero objeto de adivinaciones aventuradas, sino que se manifiesta suficientemente en la Tradición y el Magisterio apostólico doctrinal y disciplinar, en las Reglas y constituciones religiosas, así como en los santos, sacerdotes o religiosos, que la Iglesia ha canonizado, poniéndolos como ejemplos universales.

Pérdida del instinto de conservación

Causa perplejidad la obstinación de algunas Iglesias locales o familias religiosas, que se están extinguiendo a causa de ciertas desviaciones doctrinales o disciplinares. Es como si hubieran perdido el *instinto de conservación*. Se muestran ya incapaces de someter a un sereno discernimiento las doctrinas teológicas y espirituales que les han conducido a la situación terminal en que se encuentran.

Algunos enfermos, en las fases más graves de su mal, pierden el instinto de conservación, rechazan las medicinas que les podrían curar, realizan movimientos bruscos sin sentido, completamente inútiles, y a veces perjudiciales, e incluso se arrancan los tubos a los que están conectados para seguir con vida.

La capacidad de resolver un problema radica, en primer lugar, en reconocer su existencia y en averiguar las causas que lo producen. Es normal, por ejemplo, que alguna vez se produzcan trastornos gástricos por la comida. Pero si casi todos los que han ingerido un cierto alimento se han puesto enfermos ¿no habrá que analizarlo y retirarlo del consumo?

¿Qué planteamientos doctrinales y disciplinares han prevalecido en una Iglesia local o regional durante los últimos decenios, para que en ella se haya reducido a la mitad el número de cristianos practicantes y a un tercio el de las vocaciones apostólicas? Hacerse esta pregunta, con ánimo sincero de hallar las causas, para modificarlas y reorientar la dinámica de sus efectos, no supone un pesimismo perjudicial y una curiosidad morbosa, sino que es una obligación moral cierta, gravísima y urgente. *Queremos tener sacerdotes y religiosos.*

Ignorancia de las causas e impotencia sobre sus efectos

No hay conocimiento científico de un fenómeno cuando se ignoran completamente sus causas. Ni hay posibilidad tampoco de modificar los efectos.

Produce, pues, una gran perplejidad *la torpeza con que ciertas Iglesias y familias religiosas enfrentan su carencia casi total de vocaciones*, impulsando unas campañas vocacionales voluntaristas, que ignoran por completo las causas doctrinales y disciplinares del fenómeno que quieren superar.

Aunque si he de hablar claramente, no es tan extraño que así suceda, pues las mismas debilidades doctrinales y disciplinares que *causan* la esterilidad vocacional, son precisamente las que *causan* muchas veces la torpeza estéril de esas campañas vocacionales. ¿Se espera en ellas obtener vocaciones con *slogans* estimulantes, carteles y trípticos, Jornadas y concentraciones juveniles?... Si todos esos medios, de suyo buenos y relativamente necesarios, están impregnados del mismo espíritu que causa la carencia de vocaciones, lógicamente no servirán para nada. En esas Iglesias que no tienen vocaciones, y que mantienen firmes fundamentos reales para no tenerlas, no sirven, de hecho.

Las Iglesias que permanecen largamente sin vocaciones –o digámoslo con más exactitud, aquéllos que en ellas dirigen la pastoral vocacional– muchas veces no tienen casi ni sospecha de cuál pueda ser la causa real de esa carencia, y por eso no consiguen apenas nada, aunque multipliquen sus trabajos con la mejor intención. Convendría que se pararan a pensar un momento, y que se hicieran esta

pregunta: ¿merece la pena seguir lanzando *campañas vocacionales*, mientras se dejan intactas *las causas* doctrinales y disciplinares que están *causando* tal ausencia de vocaciones?...

Quizá con esas actividades consigan una cierta conciencia de que en tan grave cuestión «se está haciendo todo lo que se puede»; pero sin duda los esfuerzos serán –son– altamente decepcionantes.

No se puede tener todo a la vez

Mientras en las librerías de una Iglesia o institución religiosa se difunda literatura ortodoxa y heterodoxa; *mientras* en un seminario o noviciado haya profesores que enseñen contra la doctrina católica; *mientras* en esos mismos medios se falsifique impunemente la historia, acusando al pasado y a la Iglesia de todos los males, al mismo tiempo que se glorifica al mundo moderno y se ignoran o se minimizan sus horrores; *mientras* en no pocas parroquias venga a eliminarse prácticamente el sacramento de la penitencia, sustituyéndolo por ciertas ficciones; *mientras*, de modo generalizado y sin apenas resistencias, se impugne «el modelo» de presbítero o religioso que la Iglesia enseña y manda, y se arrincone, lógicamente, a quienes encarnan ese «modelo»... *no es posible que haya vocaciones*, por muchos Secretariados y Comisiones que se establezcan, por perfecta que sea la organización de las Campañas y de las Jornadas, por sincero, esforzado y bienintencionado que sea el trabajo de las personas. Es inútil.

Por el contrario, *cuando* una Iglesia o familia religiosa, aunque sea con grandes sufrimientos, persecuciones y marginaciones, guarda fielmente «la Palabra de Dios y el testimonio de Jesús» (Ap 1,2; 20,4); *cuando* en sus seminarios y noviciados, catequesis y librerías difunde únicamente la fe católica ortodoxa; *cuando* impide eficazmente que con abusos habituales se cometan sacrilegios en la Eucaristía y los sacramentos, especialmente en el de la penitencia; *cuando* allí se acepta con humildad lo que la Iglesia enseña o dispone... etc., entonces *ciertamente hay vocaciones*, Dios las suscita, existen o no Secretariados, Comisiones y Campañas, y tanto mejor si existen, pues fácilmente querrá Dios servirse de estas modestas mediaciones.

Y es que *no se puede tener todo al mismo tiempo*. Si una Iglesia quiere tener una imagen moderna, liberal-permisiva, y desea contar así con el respeto del mundo y el aprecio de otras Iglesias que llevan ese mismo aire, conseguirá tener ese respeto y aprecio; pero no tendrá vocaciones. Y si de verdad quiere tener vocaciones, tendrá que recuperar una fidelidad martirial, en doctrina y disciplina, que le hará perder en buena parte su prestigio ante el mundo secular y ante otras Iglesias. Pues bien, es cuestión de elegir. No se puede tener todo al mismo tiempo.

Por sus frutos los conoceréis

A lo largo de este estudio, he dejado escrito en muchas ocasiones, como un *ritornello*, que «con tales planteamientos, *es imposible que haya vocaciones*». Ya se entiende por el contexto el alcance de tal afirmación, que no pretende poner en duda la omnipotencia del Misericordioso, pues «de las piedras puede Dios sacar hijos para Abraham» (Mt 3,9). Pero es llegado el momento de precisar más una cuestión tan delicada, con proposiciones más ajustadas.

Desde luego, la afirmación referida es válida *si se habla en general del conjunto de las Iglesias*, en las que indudablemente hay un nexo causal entre desviaciones doctrinales y prácticas y ausencia de vocaciones. Otra

cosa muy distinta es que tal principio pueda aplicarse automáticamente, sin discernimiento, a una Iglesia concreta. A ese nivel las cosas se hacen mucho más complejas y delicadas, y las causas de la ausencia de vocaciones en ciertas Iglesias quedan ocultas en el misterio de la Providencia divina.

De modo semejante, cuando se examina en general el fenómeno de una natalidad bajísima en pueblos cristianos muy ricos, puede atribuirse con relativa certeza a su des-cristianización espiritual. Pero otra cosa muy distinta es atreverse a realizar allí el mismo diagnóstico si se considera el caso de un matrimonio concreto.

No obstante, pues, la complejidad de la cuestión que nos ocupa, es posible indicar para ella algunos criterios de discernimiento.

«Todo árbol bueno da buenos frutos, y todo árbol malo da frutos malos» (Mt 7,17), o no da fruto alguno. Las Iglesias son como árboles plantados por Dios: si están sanos, dan buenos y abundantes frutos de vocaciones; si están enfermos, no dan fruto o lo dan malo. En esta cuestión, como en cualquier otra, está siempre vigente ese criterio general de discernimiento enseñado por Jesucristo. Sin embargo, requiere para su justa aplicación no pocas precisiones y matizaciones.

1.– En las Iglesias más fieles a la Iglesia es normal que haya una relativa abundancia de vocaciones. Y aunque a veces esa fidelidad no sea mayoritaria en el ambiente de la diócesis, basta muchas veces con que el Obispo y unos pocos, aunque tengan muchas fuerzas en contra, luchan con toda su alma por la fidelidad doctrinal y práctica, para que, a corto o medio plazo, Dios bendiga con nuevas vocaciones ese esfuerzo martirial –ciertamente martirial, pues en él habrán de «perder la vida» y el honor mundano–. Dios suscitará a jóvenes que quieran sumar sus fuerzas a ese empeño heroico.

–Es cierto, sin embargo, que no pocas familias religiosas que se mantienen plenamente fieles a la Iglesia carecen de vocaciones. Las causas de esta carencia no están en ellas, sino en factores eclesiales exteriores negativos, de los que ellas dependen en buena parte y sobre los que no pueden actuar.

–También puede haber Iglesias fieles que, sin embargo, apenas tengan vocaciones. Por razones análogas. Pero este supuesto será menos frecuente, ya que una Iglesia local tiene en sí misma tal plenitud de medios de santificación –palabra y sacramentos, comunión de los fieles y guía apostólica, escuelas y publicaciones, catequesis y templos, etc.–, que si se guarda a sí misma en la verdadera doctrina y en la verdadera disciplina de la Iglesia, normalmente recibirá de Dios el don de las vocaciones.

2.– Las Iglesias y familias religiosas en las que abundan los errores y los abusos disciplinares, ciertamente, apenas suelen tener vocaciones. De hecho, esto es así, y es normal que así sea. Más aún, hemos de reconocer de buen grado que esto debe ser así. En efecto, Dios engañaría a su pueblo si diera buenas cosechas a unos campos que los campesinos regaran unas veces con agua y otras con lejía. El Señor no debe hacerlo, y no lo hace. «Es Dios quien da el crecimiento» (1Cor 3,7), y Él solamente da buenas cosechas a los campos regados con agua, y cultivados según sus preceptos. ¿Siendo Él la misma Verdad, cómo podría obrar de otro modo sin engañarnos?

–Incluso en esas Iglesias o familias religiosas poco fieles Dios suscita algunas vocaciones, muy escasas, por amor a su pueblo, para que no se quede absolutamente sin sacerdotes y religiosos. Pero estas vocaciones no suelen proceder de la vida general de esas Iglesias o institutos religiosos, sino más bien de Restos fieles que en ellos

perviven –movimientos laicales sanos, familias cristianas, dirección espiritual de tal o cual sacerdote o religioso, etc.–.

No sería honesto, por lo demás, ignorar las grandes dificultades por las que a veces han de pasar esas personas cuando acuden a los Centros formativos de esas Iglesias y familias religiosas. Quizá se vean obligados en ocasiones extremas a cambiar de diócesis o incluso de país, para poder sacar adelante su vocación.

3.– Otras situaciones, en fin, exigen discernimientos y distinciones más sutiles, o como he indicado, quedan en no pocos casos ocultas en el misterio de la Providencia divina.

Trabajar en la suscitación de vocaciones:

1º, con profundidad

En el Sínodo de 1990, sobre *La formación de los sacerdotes en la situación actual*, los Padres sinodales, como recuerda Juan Pablo II, declararon explícitamente que «la crisis de las vocaciones al presbiterado tiene profundas raíces en el ambiente cultural y en la mentalidad y praxis de los cristianos. De aquí la urgencia de que la pastoral vocacional de la Iglesia se dirija decididamente hacia la reconstrucción de la “mentalidad cristiana”, tal como la crea y sostiene la fe» (Pastores 37).

Toda acción educativa y pastoral debe tener indudablemente una dimensión vocacional; y ahí es donde la pastoral vocacional ha de darse en modo *extensivo* (ib. 41). Pero la pastoral específicamente vocacional parece que ha de ser más bien *intensiva*, aunque no prescindida de algunas acciones extensivas, sin duda convenientes.

La pastoral vocacional, sobre todo, ha de *trabajar intensa y profundamente en algunas personas y grupos*. Téngase en cuenta que en las Iglesias con grave carencia de vocaciones los jóvenes con indicios vocacionales adolecen frecuentemente de grandes ignorancias, errores y desviaciones. Por eso, para desarrollar en ellos «una mentalidad y práctica» genuinamente cristianas, que les libere de un «ambiente cultural» cerrado a las vocaciones, es precisa una acción pastoral muy profunda, asidua y personal, capaz de ayudarles a reconstruir completamente su personalidad católica al amparo de la Iglesia, Madre y Maestra. A ello se refiere la *Pastores dabo vobis* cuando encarece en la pastoral vocacional la necesidad de «la dirección espiritual» (40).

2º, con toda esperanza

Todos hemos podido comprobar que algunas Iglesias o familias religiosas tienen vocaciones, aunque unas y otras estén rodeadas de situaciones eclesiales a veces desérticas. Plantas surgidas en el desierto. Voy a contar dos casos reales. Y los lectores, gracias a Dios, conocerán bastantes más.

En una gran diócesis de Hispanoamérica, muy escasa por entonces en vocaciones, un párroco humilde y trabajador, obediente a la Iglesia y muy orante, asumió una gran parroquia, que dirigió por «la línea» católica tradicional, es decir, según el Concilio Vaticano II. Su orientación pastoral era, pues, bastante diversa de la que seguían muchas otras parroquias de su área. Actualmente, después de dos o tres decenios, proceden de su feligresía varias decenas de sacerdotes y varios Obispos, más un número considerable de seminaristas mayores, religiosos y religiosas, y una cantidad innumerable de familias verdaderamente cristianas.

En una diócesis de Europa, por esos mismos años, al llegar el nuevo Obispo encontró una situación lamentable. En el Seminario, concretamente, había unos pocos seminaristas confusos, «a la búsqueda de la identidad sacerdotal» –que

en buena parte ignoraban, por lo visto, ellos y sus formadores, veinte siglos después de la primera venida de Cristo—. Puesto a la obra, el Obispo restauró en pocos años la ortodoxia y la ortopraxis en la diócesis, y reordenó el Seminario según la doctrina y disciplina de la Iglesia. Como no permitía en su Iglesia errores doctrinales o sacrilegios, éstos dejaron de producirse —ya que se producen mientras se permiten—. En veinte años los seminaristas pasaron de 10 a más de 100.

Y en todo este proceso no hubo propiamente *milagros*, sino una perfecta coherencia entre causas y efectos. Hubo, eso sí, un Obispo que, eligiendo justamente sus colaboradores, se atrevió a trabajar, con toda fidelidad doctrinal y disciplinar, al servicio de la Iglesia, contando, pues, ciertamente con la gracia y con la cruz de Cristo.

Es algo cierto: trabajando pastoralmente con absoluta fidelidad a la Iglesia, y por tanto a Dios, aunque ello quizá suponga enfrentamientos graves con el mundo, y aún mucho más graves y dolorosos con la parte mundanizada de una Iglesia, hay frutos: hay vocaciones. «Dios está con nosotros».

3º, con mucha y humilde oración

Nuestro Señor Jesucristo quiere, nos manda, que pidamos al Padre lo que necesitemos, y que pidamos «en su nombre», asegurando así la eficacia de nuestras súplicas (Jn 14,13; 15,16; 16,23-26). Y concretamente nos manda pedir por las vocaciones, cuya escasez, en cierta medida, se da en forma permanente: «La mies es mucha, y los obreros pocos. Pedid, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9,37).

Los empeños pastorales, por tanto, en favor de las vocaciones habrán de *centrarse ante todo en las campañas de oración por las vocaciones sacerdotales y religiosas*. Es ésta una explícita voluntad de Jesucristo. Aunque todo estuviera mal en una Iglesia —la doctrina, la disciplina, la práctica sacramental, la vida moral, el ministerio pastoral, etc.—, una oración perseverante y confiada, que pide al Señor vocaciones, tiene una eficacia infalible, y más aún si es comunitaria: «si dos de vosotros convinierais sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os lo otorgará mi Padre, que está en los cielos» (Mt 18,19).

Esta palabra de Cristo, como todas las suyas, es verdadera y no puede fallar. Por eso, *si una Iglesia local no tiene vocaciones, habrá que preguntarse si en ella se hace suficiente oración de petición por las vocaciones...* «No tenéis, porque no pedís», dice Santiago (4,2). Y si argumentáramos a eso: «sí que pedimos por las vocaciones», podría replicarnos el mismo apóstol: «no recibís, porque pedís mal» (4,3). En efecto, nuestras oraciones alcanzan infaliblemente sus esperanzas si pedimos «en el nombre de Jesús», es decir, haciendo nuestro su espíritu: por tanto, desde la más profunda humildad, y con toda confianza.

Una oración no cristiana, sino pelagiana, que no se funda en la bondad misericordiosa de Dios, sino que acentúa la fuerza y la generosidad presuntas de la juventud, adulando a ésta lamentablemente, por muy comunitaria y multitudinaria que sea, no tiene por qué obtener lo que pide, pues no solicita al Padre «en el nombre de Jesús», es decir, en su espíritu.

A modo de ejemplo, e inspirándome en un encuentro juvenil real, veamos *una muestra de oración pelagiana por las vocaciones*: «Te damos gracias, Señor, por este encuentro, en el que hemos reflexionado sobre el modelo de Iglesia y de sacerdote que querríamos los jóvenes de N. N. Hemos comprendido que el status general en que se encuen-

tra sumergida la Iglesia hace de ella una estructura jerárquica que poco tiene que ver con el mundo real, del cual está cada vez más distanciada. Son muchos los que la consideran un negocio, un montaje, un sistema de poder o cosas aún peores. Queremos que la misa sea una comida familiar, no una obra de teatro. Queremos que la catequesis sea una reunión de amigos, no una clase. Queremos menos dogmas y más diálogo. Queremos tantas cosas. Pero también hemos comprendido, Señor, que no cambiarán las cosas sin la creatividad y el impulso nuevo de la juventud, que...» etc.

Con oraciones semejantes no se consigue de Dios el don preciosísimo de las vocaciones. En realidad, quienes se atreven a «orar» en tales actitudes, le desagradan y ofenden gravemente.

La oración de petición infalible, la que conmueve el corazón de Dios, la que consigue de él todo, también las vocaciones, es la oración humilde y confiada. Es la oración que, incluso en las situaciones más lamentables, todo lo consigue de Dios, pues a Él se dirige «desde lo más profundo» de nuestra impotencia, de nuestra infidelidad, de nuestra esterilidad, de nuestras culpas. «*De profundis* clamavi ad te, Domine... Señor, escucha mi voz. Si llevas cuenta de nuestros delitos, Señor, ¿quién podrá resistir?» (Sal 29,1-3).

Modelos bíblicos y litúrgicos para ella, desde luego, no nos faltan. Podemos *imaginar una oración comunitaria por las vocaciones*, parafraseando un himno del profeta Daniel:

«Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres, digno de alabanza y glorioso es tu Nombre. Porque eres justo en cuanto has hecho con nosotros, dejándonos sin pastores, permitiendo la dispersión de tu rebaño y la ruina de tu Templo. Todas tus obras son verdad, y rectos tus caminos, y justos todos tus juicios.

«Hemos pecado y cometido iniquidad, apartándonos de ti, y en todo hemos delinquido. Nuestros padres y también nosotros, buscamos nuestros intereses, y no los de Jesucristo; y tanto ellos como nosotros hemos abandonado la Eucaristía, despreciando la Palabra, el Cuerpo y la Sangre de tu único Hijo, nuestro Salvador.

«Por el honor de tu Nombre, no nos desampares para siempre, no rompas tu Alianza, no apartes de nosotros tu misericordia. Reúnenos de nuevo en tu rebaño, suscita para congregarlo pastores santos, haznos dignos, pues no lo somos, de entrar a tu servicio; danos para ello un corazón nuevo, y vence nuestras voluntades rebeldes con la fuerza omnipotente de tu gracia.

«Por Abrahán, tu amigo; por Isaac, tu siervo; por Israel, tu consagrado; a quienes prometiste multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo, como la arena de las playas marinas; por Jesucristo, tu Hijo, para que su muerte en la Cruz no sea vana; por la Santísima Virgen María, para que muchos hombres la conozcan y la amen; por tus santos apóstoles Pedro y Pablo, y por todos los santos.

«Ahora, Señor, somos el más pequeño de todos los pueblos; hoy estamos humillados por toda la tierra a causa de nuestros pecados. Si seguimos por el camino que llevamos, en unos años más habremos de decirte: Señor, no tenemos profetas, ni jefes, ni sacerdotes, ni seminaristas, ni religiosos, ni sacrificios, ni ofrendas, ni un sitio donde ofrecerte primicias, para alcanzar misericordia.

«Por eso, acepta nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde. Perdona nuestros innumerables pecados, y danos un corazón nuevo, que no esté fascinado por el mundo visible, sino enamorado de ti. Danos un corazón que no piense tanto en sí mismo, sino que por encima de todo pretenda tu gloria y el bien temporal y eterno de todos los hombres. Llámamos, y danos tu gracia para que seamos capaces de entregarte nuestras vidas incondicionalmente, en la forma que tú quieras. Que éste sea hoy nuestro sacrifi-

cio, y que sea agradable en tu presencia; porque los que en ti confían no quedan defraudados» (cf. Dan 3,26-29.34-41).

Oraciones de este espíritu, que expresen «un corazón quebrantado y humillado» (Sal 50,19), una confianza que se alza a Dios desde lo más profundo de la condición humana y pecadora, o tantas otras oraciones semejantes (cf. p.ej., Salmos 73 ó 78, el Templo en ruinas; 79, la Viña devastada; etc.), han de inspirar siempre la oración comunitaria por las vocaciones.

¿Alguien se atreverá a creer que tales oraciones, celebradas una y otra vez, frecuentemente, cada mes, cada semana, con la perseverancia propia de la oración cristiana, y si es posible, presididas por el Obispo y ante el Santísimo Sacramento, pueden ser desoídas por el Señor?

La adulación de la juventud

Aquellos que, por gracia de Dios, han sido destinados por su Obispo o Superior para trabajar en la pastoral de las vocaciones han de ejercitar muchas virtudes, que no entro a describir, y han de evitar muchos defectos, de los cuales sí quiero destacar uno.

Eviten como una peste adular a la juventud, como si elogiando sus presuntas virtudes de sinceridad, inocencia, generosidad, fuerza y creatividad, fueran así a ganarla mejor para Cristo. A Cristo no se llega sino por el camino de la humildad, que es el de la verdad. Él sólo sabe «santificar en la verdad» (Jn 17,17). No sabe santificar de otro modo.

Y es evidente que los jóvenes, como los adultos, son «hijos de Eva», están asediados por mil tentaciones externas, y lastrados por mil debilidades internas. Son, simplemente, hombres pecadores, necesitados de una salvación que Dios realice por pura gracia.

La adulación de la juventud implica además una concepción de la vida humana sumamente falsa y pesimista. Si la juventud fuera sinónimo de generosidad y valor, veracidad y autenticidad, eso significaría, en términos relativos, que la condición adulta del hombre, y aún más su vejez, estarían caracterizadas por el egoísmo y la cobardía, la mentira y la hipocresía.

En otras palabras: el que adula a la juventud parece pensar que *el hombre con los años va normalmente empeorándose*. Este juicio, como se ve, no resulta excesivamente estimulante para los mayores ¡y tampoco para los jóvenes! Pero, felizmente, es falso en la mayor parte de los casos. Cualquiera sabe que en mil ocasiones una persona joven egoísta y con la cabeza llena de pájaros ilusorios, con los años, con el matrimonio, con la experiencia y las luchas de la vida, en definitiva, con la gracia de Dios, va haciéndose más abnegada y generosa, más veraz, serena y realista. Como los vinos, *el hombre normalmente mejora con los años*. Ésta es la visión optimista del hombre que conviene transmitir a los mayores ¡y también a los jóvenes!

Cualquier hombre joven, si no es un mentiroso, habrá de confesar como San Pablo: «no sé lo que hago, pues no pongo por obra lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago... Es el pecado, que mora en mí... Porque el querer el bien está en mí, pero el hacerlo no. En efecto, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero» (Rom 7,15-19). ¿A qué viene, pues, adularle si, como nosotros, como todos, es un *hombre pecador*?

El Evangelio que hay que anunciar a los jóvenes –y a los niños, adultos y ancianos, y a los ricos y los pobres, y a los sanos y los enfermos– consiste en asegurarles lisa y llanamente que *sin Cristo Salvador no van a salir de su miseria, están perdidos, sin camino, no van a poder nada* (+Jn 15,5), y que sus presuntas buenas

intenciones van a resultar ineficaces. Más aún: que están muertos en sus delitos y pecados, que están más o menos sujetos al Príncipe de este Mundo, gran Padre de la Mentira (+Ef 2,1-3; Jn 8,43-45). *Pero que si se acercan a Cristo por la fe y por la súplica*, «si le aman y guardan sus mandatos» (+Jn 14,15; 15,10), es decir, si se hacen discípulos suyos, van a recibir, por pura gracia de Dios, una vida nueva, santa, verdadera, luminosa, benéfica, libre, coherente, armoniosa, eterna.

Ése es el Evangelio que hay que predicar a jóvenes y a niños, adultos y ancianos. Ir a unos y a otros con adulaciones pelagianas es darle a beber una bebida alcohólica a un alcoholizado.

Conversión del pecado y aumento de vocaciones

Empleando modos bíblicos de pensamiento y expresión, habrá que decir: *el Señor está muy enojado con las Iglesias locales en las que se producen habitualmente desviaciones heréticas y sacrilegios; y no suscitará en ellas vocaciones mientras no reconozcan sus pecados y se conviertan de ellos*. Y muy especialmente está ofendido por los pecados contra la fe cometidos, a veces en forma habitual, por no pocos de los pastores. «Sus sacerdotes han violado mi Ley, y han profanado mis cosas sagradas» (Ez 22,26).

Recordemos que *el pecado de infidelidad*, que lesiona más o menos gravemente la fe, puede definirse como *un acto de voluntario disentiendo acerca de una verdad revelada, suficientemente propuesta* (STh II-II,10, arts. 1.2.4). Y recordemos también que el pecado de infidelidad, después del odio a Dios, «es el mayor de cuantos pervierten la vida moral», por ser el que más aleja de Dios al hombre (3 in c.). Si tal pecado es cometido por un sacerdote en el ejercicio de su ministerio, como maestro de la verdad católica, el pecado es aún más horrible. Y si se produce en el ámbito de las acciones litúrgicas –por ejemplo, en la Eucaristía o en una celebración comunitaria del sacramento de la penitencia–, deriva normalmente en sacrilegio.

Pues bien, cuando en una cierta Iglesia éste y otros graves pecados semejantes pueden darse en alguna medida de modo estable, es decir, impune, podría hablarse en ella, como se dice a veces al tratarse de una sociedad civil, de una *situación de pecado* o, si se quiere, de un *pecado social*. Cabría, pues, transponer a una Iglesia local concreta, en la que abundan las infidelidades doctrinales y disciplinares, lo que Juan Pablo II enseña acerca de este grave tema:

«Cuando la Iglesia habla de *situaciones de pecado* o denuncia como *pecados sociales* determinadas situaciones o comportamientos colectivos, sabe y proclama que estos casos de *pecado social* son el fruto, la acumulación y la concentración de muchos *pecados personales*.

«Se trata de pecados *muy personales* de quien engendra, favorece o explota la iniquidad; de quien, pudiendo hacer algo por evitar, eliminar o, al menos, limitar determinados males sociales, omite hacerlo por pereza, miedo y encubrimiento, por complicidad solapada o por indiferencia; de quien busca refugio en la presunta imposibilidad de cambiar el mundo [de una Iglesia concreta]; y también de quien pretende eludir la fatiga y el sacrificio alegando supuestas razones de orden superior [no dejar al pueblo sin sacerdote; no alterar en la comunidad cristiana la paz (!), no poner en peligro la unidad (!), etc.]. Por lo tanto, las verdaderas responsabilidades son de las personas.

«Una situación –como una institución o estructura– no es, de suyo, sujeto de actos morales. Así pues, en el fondo de toda situación de pecado hallamos siempre *personas pecadoras*. Esto es tan cierto que, si tal situación puede cambiar en sus aspectos estructurales e institucionales por la

fuerza de la ley o por la ley de la fuerza, en realidad el cambio se demuestra incompleto, vano e ineficaz, por no decir contraproducente, *si no se convierten las personas directa o indirectamente responsables de tal situación*» (extractos de exh. apost. *Reconciliatio et pœnitentia* 16; 1984).

La escasez o ausencia de vocaciones en una Iglesia local ha de atribuirse muchas veces a la proliferación en ella de errores doctrinales y abusos disciplinares; y por eso hay que pensar que *no habrá vocaciones sino en la medida en que haya conversión, es decir, vuelta a la fidelidad católica en doctrinas y normas*.

La Nueva Evangelización

Y con esto, llegados al final, volvemos al principio. «El justo vive de la fe, la fe es por la predicación, y la predicación por la palabra de Cristo» (Rom 1,17; 10,17). Tanto la evangelización de los paganos, como la reevangelización de los innumerables bautizados alejados, como la suscitación de abundantes vocaciones apostólicas, *comienza por el anuncio del Evangelio tal como es, entero y armonioso, sencillo y fuerte; el Evangelio de Jesucristo*, que es «el mismo ayer y hoy y siempre» (Heb 13,8). Es el Evangelio que habla de pecado y gracia, mundo y Reino, Príncipe de este Mundo y Cristo Rey, debilidad suma de la carne y fuerza gloriosa del Espíritu, condenación eterna o salvación eterna, etc. Es el único Evangelio verdadero.

Aquella Iglesia que no tenga fuerza para predicar el verdadero Evangelio de Cristo, sino que abundando en falsificaciones y silencios, decae en un eticismo naturalista, languidecerá más y más en la vida que de Dios procede, perderá un año tras otro muchos de sus fieles, apenas tendrá fuerza misionera entre los paganos y, por supuesto, no tendrá vocaciones apostólicas. Habrá, pues, de ser re-evangelizada o bien desde fuera, o bien desde dentro, mediante aquel *Resto* que Dios en ella guarda, y a veces oculta, con muy especial providencia.

El Cristo del Apocalipsis

llama a conversión a las Iglesias

El Nuevo Testamento se termina con el Apocalipsis. Y este breve escrito mío va a cerrarse también con ese libro inspirado.

Cuando el Cristo del Apocalipsis escribe a *las siete Iglesias* de Asia, va mezclando a un tiempo elogios y recriminaciones. *Sólo dirige únicamente acusaciones a dos de las Iglesias*, y por supuesto, lo hace con inmenso amor... A una y a otra no les exige cambios organizativos, modificaciones de imagen, método o lenguaje, o cosas semejantes, sino simplemente *fidelidad a la doctrina* recibida, y *vuelta al amor primero*.

«Al Ángel de la Iglesia de Sardes escribe: Tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto. Ponte en vela, reanima lo que te queda y está a punto de morir. Acuérdate de cómo recibiste y oíste mi Palabra: guárdala y arrepiéntete» (3,1-6).

«Al Ángel de la Iglesia de Laodicea escribe: Puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca. Tú dices: “me he enriquecido, nada me falta”. Y no te das cuenta de que eres un desgraciado, digno de compasión, pobre, ciego y desnudo... Sé ferviente y arrepiéntete. Mira que estoy a la puerta y llamo. *Si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo*» (3,14-22).

Índice

1. La escasez de vocaciones

Escasez de vocaciones en la Europa descristianizada, 2. Riqueza y descristianización, 2. ¿Cómo ha podido suceder? 2. ¿Conviene hacerse estas preguntas? 3. Causas y culpables, 3. Heterodoxia y heteropraxis, causas principales, 3. Las circunstancias psico-sociales, 3. Respuestas eclesiales insuficientes, 4. Diagnósticos verdaderos y eficaces, 4. Disminución del número de sacerdotes, 5. Disminución del número de religiosos, 5. Ovejas sin pastor, 5.

2. Fe y doctrina

Falsificaciones y silencios, 6. Numerosas desviaciones heréticas, 6. Efectos en catequesis y misiones, 6. Efectos en las vocaciones, 6. -1. El demonio, 7. -2. Salvación o condenación, 7. -3. La secularización, 9. Los sabios necios y los ignorantes sabios, 10. La primacía de los teólogos sobre los pastores, 11. Cuando «las herejías se agolpan», acaban con las vocaciones, 11. Los países ricos descristianizados, escándalo para los países pobres, 12.

3. Espiritualidad y disciplina

Falsificaciones de la moral, 13. -1. El precepto dominical, 13. -2. El sacramento de la penitencia, 13. -3. La castidad y el celibato, 14. -4. La obediencia, 15. Han sido sólo unos ejemplos, 15. Seguir a Cristo: amor y oración, 15.

4. Los caminos de perfección

El mundo, 16. Descristianización y mundanización, 16. La renuncia de los religiosos al mundo, 16. Caminos de perfección más o menos perfectos, 17. Rectificación de algunos criterios falsos, 17. La perfección del camino sacerdotal, 18. Mundanización-secularización y escasez de vocaciones, 18.

5. La pastoral vocacional

Prefieren seguir en sus ideas que tener vocaciones, 19. Vocaciones por obra del Espíritu Santo, 19. Pérdida del instinto de conservación, 20. Ignorancia de las causas e impotencia sobre sus efectos, 20. No se puede tener todo a la vez, 20. Por sus frutos los conoceréis, 20. Trabajar en la suscitación de vocaciones: con profundidad, 21; con toda esperanza, 21; con mucha y humilde oración, 22. La adulación de la juventud, 23. Conversión del pecado y aumento de vocaciones, 23. La Nueva Evangelización, 24. El Cristo del Apocalipsis llama a conversión a las Iglesias, 24.